



Arthur Conan Doyle

LA AVENTURA DEL SOLDADO DE LA PIEL DECOLORADA

Las ideas de mi amigo Watson, aunque limitadas, son extraordinariamente pertinaces. Desde hace tiempo ha venido hostigándome para que escriba uno de mis casos. Quizá he provocado yo mismo esa persecución, por haberle hecho notar muchas veces la superficialidad de sus relatos, acusándole de inclinarse hacia el gusto popular, en vez de ceñirse rigurosamente a los hechos y a las cifras. «¡Pruebe de escribir usted mismo, Holmes!», me ha solido replicar, y ahora, después de tomar la pluma en la mano, me veo forzado a reconocer que, en efecto, empiezo a darme cuenta de que es preciso presentar el asunto de manera que pueda interesar al lector. Es difícil que el siguiente caso no interese, porque se cuenta entre los más raros de mi colección, aunque Watson no tenga notas del mismo en la suya. Ya que hablo de mi viejo amigo y biógrafo, aprovecharé la oportunidad para hacer notar que, si en mis variadas y pequeñas pesquisas echo sobre mí la carga de un acompañante, no lo hago ni por sentimentalismo ni por capricho, sino porque Watson posee algunas notables

características propias suyas, a las que no ha concedido importancia, llevado de su modestia y del aprecio exagerado en que tiene mis propias realizaciones. Un confederado capaz de prever siempre las conclusiones a que usted va a llegar y el curso de la acción que va a emprender es siempre peligroso; pero aquel otro al que todas las novedades que se producen le caen como una sorpresa continua, y para el que (1 porvenir es siempre un libro cerrado, resulta en verdad una ayuda leal.

Veo por mis libros de notas que fue durante el mes de enero de 1903, apenas terminada la guerra con los bóers, cuando recibí la visita de mister James M. Dodd, un británico corpulento, sano, quemado del sol, bien plantado. El bueno de Watson me había abandonado para seguir a una esposa, único acto suyo egoísta que yo recuerdo del tiempo en que estuvimos asociados. Yo estaba, pues, a solas.

Yo tengo por costumbre sentarme de espaldas a la ventana y hacer sentar a mis visitas en la silla de enfrente, de modo que les de la luz en la cara. Míster James M. Dodd mostró no saber cómo empezar la conversación. No intenté acudir en ayuda suya, porque su silencio me dejaba más tiempo para observarlo a él. He comprobado que resulta hábil despertar en los clientes una sensación de poder, y por eso le hice ver algunas de las conclusiones a que yo había llegado.

- Veo, señor, que viene usted de Sudáfrica.
- Así es, míster Holmes; usted es brujo.
- Del Cuerpo de Voluntarios de Caballería Imperial, si no me equivoco. Del regimiento de Middlesex, sin duda alguna.

- Así es, míster Holmes; usted es brujo.
Me sonreí al escuchar la expresión de su asombro.

- Cuando un caballero de apariencia varonil entra en mi habitación, con el rostro de un matiz que el sol de Inglaterra no podrá darle jamás, y a eso se agrega el detalle de que lleva el pañuelo dentro de la manga, en lugar de llevarlo en el bolsillo, no resulta difícil de establecer su profesión. Lleva usted la barba corta, y ese detalle da a entender que no pertenece usted al ejército profesional.

Tiene todo el aspecto de un jinete. En cuanto a situarlo en el Cuerpo de Middlesex, ya su tarjeta me ha hecho saber que es usted corredor de bolsa en la calle Thorgmorton. ¿A qué otro regimiento podía usted agregarse? '-
Lo ve usted todo.

- No veo más de lo que ven todos, pero me he adiestrado en fijarme en lo que veo. Bueno, míster Dodd, usted no ha venido esta mañana a visitarme con objeto de hablar acerca de la ciencia de la observación, ¿verdad? ¿Qué es lo que le ocurre en Tuxbury Old Park? -¡Míster Holmes...!

- No hay en ello misterio alguno, querido señor. Su carta estaba fechada en ese lugar, y como usted solicitaba esta entrevista en términos ¡muy apremiantes, resulta claro que había ocurrido algo importante de una manera repentina.

- Así es, en efecto. Pero yo escribí la carta por la tarde, y de entonces acá han ocurrido muchas cosas. Si el coronel Emsworth no me hubiese echado de allí a puntapiés... -
¡Que le ha echado a puntapiés!

- Bueno, en realidad, lo que hizo viene a ser lo mismo. Este coronel Emsworth no se para en barras. Fue en sus tiempos de militar el más exigente ordenancista que había en el ejercito, y aquellos eran tiempos en los que se empleaba un lenguaje duro. Yo no habría estado junto al coronel, de no haber sido por atención a Godfrey.

Encendí mi pipa y me arrellané en mi asiento, diciéndole:

- Explíquese claramente.

Mi cliente se sonrió con malicia y me contestó.

- Es que yo había acabado por suponer que usted lo sabe todo sin que se lo digan. Pero, en fin, voy a ponerle al corriente de los hechos, y quiera Dios que sea usted capaz de explicarme el alcance que tienen. Me he pasado la noche en vela y dándole vueltas en el cerebro al asunto, pero cuanto más lo pienso, más increíble me resulta... Cuando en el mes de enero de mil novecientos uno, es decir, hace dos años, me incorporé, el joven Godfrey Emsworth servía en el mismo escuadrón. Era hijo único del coronel Emsworth, el de la Cruz Victoria de la guerra de Crimea. Llevaba en sus venas sangre combativa, y no es extraño

que se alistase de voluntario. No había en todo el regimiento mozo de mejores dotes. Nos hicimos amigos, con esa amistad que únicamente llega a establecerse cuando dos personas viven idéntica vida y comparten las mismas alegrías y dolores. Era mi camarada. Esta palabra significa mucho en el ejército. Durante un año entero de rudo pelear aguantamos juntos las duras y las maduras. Hasta que, durante la acción que tuvo lugar cerca de Diamond Hill, en los alrededores de Pretoria, le metieron a él una bala de grueso calibre. Recibí una carta suya desde el hospital de Ciudad de El Cabo y otra desde Southampton. Pues bien: acabada la guerra y ya todos de regreso, le escribí al padre preguntándole por el paradero de Godfrey. No me contestó. Espere y volví a escribirle. Esta vez recibí una carta concisa y huraña. Godfrey había emprendido un viaje alrededor del mundo, y no era probable que regresase antes de un año. Y nada más... Yo no me quedé satisfecho, míster Holmes. Todo ello me resultó condenadamente raro. Godfrey era un buen muchacho, y no podía hacer de lado a un camarada de ese modo. No concordaba con su manera de ser. Resulta que, además, yo estaba enterado de que tenía que heredar una suma importante de dinero, y que su padre y él no siempre se entendían bien. El viejo era en ocasiones agresivo, y el joven Godfrey era demasiado entero para aguantarlo. No, yo no me di por satisfecho, y decidí llegar hasta la raíz del asunto. Pero como mis propios casos requerían mucha atención tras dos años de ausencia, no me fue posible ocuparme del caso de Godfrey hasta esta misma semana. Pero, puesto que lo he tomado ya en mano, me propongo abandonar todo hasta llevarlo a feliz término.

Míster James M. Dodd me produjo la impresión de que era una de esas personas a las que es preferible tener de amigo que de enemigo. Sus ojos azules tenían una expresión dura, y su cuadrada mandíbula se había tensado mientras hablaba. -¿Y qué ha hecho usted? -le pregunté.

- Mi primer paso consistió en ir hasta su residencia, Texbury Old Park, cerca de Bedford, para ver por mis propios ojos cómo se

presentaba el terreno. Por eso le escribí a la madre; no quería tratar más con el venado del padre. Fue un ataque frontal: que Godfrey era mi camarada; yo tenía un gran interés, que ella se explicarla por lo que habíamos pasado juntos; que iba a pasar por el pueblo, y si ella no ponía objeción alguna, etcétera. La contestación fue atentísima y en ella se me ofrecía alojamiento para pasar la noche. Eso fue lo que me llevó el lunes allí... El viejo palacio de Texbury se halla en un lugar inaccesible, a diez kilómetros de distancia de cualquier punto. En la estación no había coche alguno, de modo que me vi obligado a cubrir el trayecto a pie, cargado con mi maletín, y era ya casi oscurecido cuando llegué. Es un gran edificio solitario que se alza dentro de un extenso parque. Yo diría que pertenece a toda clase de épocas y de estilos, porque empieza en una base isabelina que es mitad de madera, y acaba en un pórtico de la época victoriana. En el interior es todo artesonados, tapices y viejas pinturas medio borrosas; es decir, una casa en sombras y de misterio. Había un despensero, el viejo Ralph, que parecía tener tantos años como la casa misma, y su mujer, que era quizá más vieja, había sido la niñera de Godfrey, y yo le había oído a éste hablar de ella como de una madre, a la que quería casi tanto como a su madre; por eso me sentí atraído hacia ella a pesar de su raro aspecto. También simpatiqué con la madre, que era una mujer pequeña y cariñosa como una ratita blanca. Con el único que no hice migas fue con el coronel... Tuvimos desde el primer momento nuestros más y nuestros menos, y sentí impulsos de regresar en el acto mismo a la estación. Si no lo hice, fue porque tuve la sensación de que sería hacerle el juego a él. Me pasaron inmediatamente a su despacho y allí me lo encontré, corpulento, cargado de espaldas, tez oscura, larga barba revuelta, sentado detrás de su mesaescritorio llena de papeles. Su nariz de venas rojas se proyectaba como el pico de un buitre, y dos ojos grises, agresivos, se clavaron en mí por debajo de unas cejas tupidas y salientes. Comprendí por qué Godfrey hablaba poco de su padre. «Veamos, señor -me dijo con voz áspera-; me agradaría conocer las verdaderas

razones de esta visita.» Le contesté que ya las había explicado en la carta que había enviado a su esposa. «Sí, sí; en ella decía usted que había conocido a Godfrey en África, y, como es natural, no tenemos más pruebas que su palabra.» «Tengo cartas tuyas en el bolsillo.» «¿Quiere tener la amabilidad de mostrármelas?» Repasó las dos que yo le entregué, y luego me las devolvió, preguntándome: «Bien, ¿y qué?» «Yo quiero mucho a su hijo, señor. Nos unen muchos lazos y recuerdos. ¿No es, pues, natural, que yo me asombre de su repentino silencio y que desee saber qué ha sido de él?» «Creo recordar, señor, que he mantenido ya correspondencia con usted, y que le comuniqué lo que había sido de él. Ha emprendido un viaje alrededor del mundo. Después de lo que pasó en África, su salud estaba quebrantada, y tanto su madre como yo fuimos de opinión que precisaba un descanso completo y un cambio. Tenga usted la amabilidad de transmitir esa explicación a cualquier otro amigo que pudiera interesarse en el asunto.»

«Desde luego -le contesté-. Pero yo le pediría que tuviese la amabilidad de darme el nombre de la línea de navegación y del vapor en que ha embarcado y de la fecha en que lo hizo. De ese modo estoy seguro de que conseguiré hacer llegar hasta él una carta.» Esta petición mía pareció desconcertar e irritar a mi huésped.

Sus tupidas cejas salientes se abatieron sobre sus ojos y tamborileó impaciente con sus dedos encima de la mesa. Por último, alzó la vista con la expresión de un jugador de ajedrez que ha visto hacer a su adversario una jugada amenazadora y acaba de descubrir la jugada suya con que ha de parar el golpe. «Míster Docid -contestó-, son muchos los que se sentirían ofendidos por su infernal obstinación y que juzgarían que esta insistencia suya de ahora linda con una maldita impertinencia.

» «Atribúyalo, señor, al cariño que profeso a su hijo.» «Exacto, pero he llegado ya al límite de lo que puedo tolerar por esa razón. Tengo que pedirle que abandone sus pesquisas, En todas las familias existen ciertas intimidades y propósitos que no siempre pueden ser confiados a los extraños, por

muy buena que sea la intención de éstos. Mi esposa tiene gran interés en que usted le cuente cosas de la vida pasada de Godfrey, pero yo he de rogarle que haga caso omiso de su presente y de su futuro. Tales pesquisas tuyas no conducen a ninguna finalidad útil, y nos colocan en una situación delicada y difícil». De modo, míster Holmes, que me encontré con el camino cerrado. No había modo de seguir adelante. Lo único que me quedaba era simular que aceptaba la situación, haciendo interiormente promesa (le no descansar hasta aclarar qué había sido de mi amigo. La velada fue tristonera. Cenamos tranquilamente los tres, en una vieja habitación, oscura y ajada. La señora me preguntó ansiosamente acerca de su hijo, pero el anciano parecía huraño y deprimido. Todo aquello me aburrió de tal manera, que me excusé lo antes que me fue posible hacerlo dentro, de las buenas formas, y me retiré a mi dormitorio. Era ésta una habitación amplia y desnuda, situada en la planta baja, tan lóbrega como todo el resto de la casa; pero, míster Holmes, después de dormir durante un año en el veld, se vuelve uno poco exigente en esas materias. Descorrí las cortinas y me asomé a mirar al jardín, fijándome en que hacía una noche hermosa, con la media luna brillante en el cielo. Después me senté junto a la viva hoguera de la chimenea, con la lámpara colocada a mi lado en una mesa, y traté de distraer mis pensamientos con la lectura de una novela. Pero me cortó la lectura la entrada de Ralph, el viejo despensero, que me traía un nuevo suministro de carbón. «Pensé que, quizá se le acabase durante la noche el que tiene, señor. El tiempo es, crudo y estas habitaciones son frías.» Vaciló antes de retirarse de la habitación, y al volver yo la vista, me encontré con que estaba en pie y que su arrugada cara me miraba con expresión de ansiedad. «Señor, yo le ruego que me perdone, pero no pude menos de escuchar lo que usted habló de mi joven míster Godfrey durante la cena. Ya sabrá usted, señor, que fue mi mujer la que le crió, de modo que yo casi podría decir que soy su padre adoptivo. Es, pues, natural, que nosotros nos intereseamos por el señorito. ¿De modo que, según dice

usted, se portó como un valiente?» «Hombre más valeroso no lo hubo en todo el regimiento. En cierta ocasión me sacó de debajo mismo de los rifles de los bóers, y quizá si él no lo hubiese hecho, yo no estaría aquí en este momento.» El anciano despensero se frotó las arrugadas manos. «Sí, señor, sí; eso va perfectamente con la manera de ser de míster Godfrey. Siempre fue valeroso. No hay en el parque un solo árbol al que no haya trepado. Nada era capaz de detenerle. Fue un muchacho magnífico, y también, señor..., también de hombre fue magnífico.» Me puse en pie de un salto y exclamé: «¡Cómo! Dice usted que fue.

Habla como si él hubiera muerto. ¿Qué misterio encierra todo esto? ¿Qué ha sido de Godfrey Emsworth?»

Agarré al anciano por los hombros, pero él se echó atrás. «No entiendo lo que usted dice, señor. Si algo quiere saber de míster Godfrey interrogue usted al amo. Él lo sabe. Yo no debo entremeterme.» iba a retirarse de la habitación, pero yo le detuve por el brazo y le dije: «Escuche. Va usted a contestarme a una sola pregunta antes que se retire, porque de lo contrario soy capaz de retenerle a usted aquí toda la noche. ¿Ha muerto Godfrey?» No fue capaz de sostener mi mirada. Parecía estar hipnotizado. La contestación salió de sus labios como si yo se la hubiese arrancado. Y fue terrible e inesperada. «¡Pluguiera Dios que hubiese muerto!», exclamó, y arrancándose mis manos se precipitó fuera de la habitación. Ya se imaginará usted, míster Holmes, que no Volví a mi silla en un estado de ánimo muy feliz. Me pareció que las palabras del anciano sólo podían tener una interpretación. Era evidente que mi pobre amigo había sido visto envuelto en algún acto criminal, o, por lo menos, vergonzoso, y que afectaba al honor de la familia. Por eso, aquel anciano severo había enviado a su hijo lejos, ocultándolo al mundo, a fin de evitar algún escándalo público.

Godfrey era un mozo temerario, y que se dejaba llevar fácilmente por los que le rodeaban. Había caído, sin duda, en malas manos que le habían extraviado y conducido a la ruina. Si se trataba verdaderamente de eso,

la cosa era lamentable; pero aun en un caso así, era deber mío buscarle hasta dar con él, a fin de ver si yo podía serle de alguna ayuda. Me hallaba ensimismado y meditando con ansiedad en el asunto, cuando alcé la vista y me encontré de pronto con el mismismo Godfrey Emsworth, que estaba en pie delante de mí.

Mi cliente se había detenido, como persona presa de profunda emoción. Yo, al darme cuenta de su estado, le dije:

- Prosiga, por favor. Su problema ofrece algunos rasgos muy fuera de lo corriente.
- Míster Holmes, mi amigo estaba de la parte de afuera de la ventana, con la cara apretada contra el cristal.

Le he dicho antes que yo me asomé a mirar cómo estaba la noche. Al hacerlo dejé las cortinas parcialmente descorridas. La figura de mi amigo quedaba encuadrada dentro de esa abertura de las cortinas. La ventana llegaba hasta el suelo mismo, de modo que pude ver toda su figura, pero fue su rostro el que atrajo la mirada mía. Estaba mortalmente pálido; jamás he visto yo a un hombre de rostro tan blanco. Creo que esa debe de ser la blancura de los fantasmas; pero sus ojos se cruzaron con los míos, y en verdad que eran ojos de una persona viva. En el momento en que él cayó en la cuenta de que yo le miraba dio un salto atrás y desapareció en la oscuridad... Míster Holmes, en el aspecto de ese hombre hay algo que me produjo una impresión dolorosa. No se trata simplemente de cara cadavérica que se destacaba en la oscuridad, tan blanca como el yeso. Era algo más sutil; algo como vergonzoso, furtivo, algo como, culpable; en fin, algo completamente distinto de la franqueza y hombría que yo conocí en aquel mozo. Me quedó en el alma una sensación de horror... Pero, el hombre que ha estado haciendo la guerra un año o dos, teniendo por contrario en el juego al hermano bóer, sabe conservar templados los nervios y actuar con rapidez. Apenas había desaparecido Godfrey, cuando yo ya me había abalanzado hacía la ventana. El cierre de ésta funcionó con dificultad, y tardé algún tiempo en poder levantarla hacia arriba. Acto contiguo me escabullí por la abertura y corrí

por el camino del jardín hacia la dirección que yo pensé que podría haber tomado mi amigo... El camino era lago y la luz mala, pero me pareció que algo se movía delante de mí. Seguí corriendo y le llamé por su nombre, pero fue inútil. Al llegar al final del camino me encontré con que éste se bifurcaba en varias direcciones, yendo a parar a distintos edificios adyacentes a la casa. Me quedé indeciso, y estando así escuché con toda claridad el ruido de una puerta que se cerraba. No se había producido en la casa, a mis espaldas, sino enfrente de mí, en algún sitio envuelto en la oscuridad. Aquello me bastó, míster Holmes, para adquirir el convencimiento de que lo que yo había visto no era una visión. Godfrey había huido de mí corriendo y se había metido en algún sitio, cerrando después la puerta. De eso estaba yo seguro. Ya no me quedaba a mí nada que hacer. Pasé una noche intranquila, dando vueltas en mi cabeza al asunto y tratando de encontrar alguna explicación en la que encajase todo lo sucedido. Al día siguiente encontré al coronel de temperamento más conciliador, y como su esposa me hizo notar que en aquellos alrededores existían lugares dignos de verse, aproveché la oportunidad para preguntarles si les resultaría molesto que yo pasase allí otra noche más. La gruñona conformidad dada por el anciano me proporcionó un día entero para dedicarme a observar. Yo estaba ya completamente convencido de que Godfrey se ocultaba por allí cerca; pero me quedaba todavía por averiguar el sitio y la razón de aquel ocultamiento... Era la casa tan espaciosa y tan llena de recovecos, que podía esconderse dentro de ella un regimiento entero sin que nadie advirtiese su presencia. Si el secreto estaba allí, me resultaría difícil penetrarlo. Pero la puerta que yo había oído cerrarse estaba, con toda seguridad, fuera de la casa. Era preciso que yo explorase el jardín, por si podía descubrir algo. Ningún obstáculo se me presentaba para ello, porque los dos ancianos se hallaban atareados cada cual a su manera, y me dejaron en libertad para pasar el tiempo como bien me pareciese... Había varios pequeños edificios que servían de dependencias de la casa, pero al fondo del jardín se alzaba

un edificio aislado y de regular capacidad; lo suficiente como para servir de vivienda a un jardinero o a un guarda de caza. ¿Sería aquel lugar del que procedía el ruido de la puerta que se cerró? Me acerqué al edificio despreocupadamente, como si me estuviese paseando sin rumbo fijo por el parque. Al hacerlo, salió de la puerta un hombre pequeño, vivaracho, de barba, chaqueta negra y sombrero hongo; es decir, que no tenía aspecto alguno de jardinero. Con gran sorpresa mía, aquel hombre cerró la puerta con llave después de salir y se metió ésta en el bolsillo. Luego me miró con expresión algo sorprendida y me preguntó: «¿Es usted visita en esta casa?» Le dije que, en efecto, estaba de visita y que era amigo de Godfrey. Y agregué: «¡Qué pena que se encuentre viajando, porque seguramente le habría agradado hablar conmigo!» «Ya la creo que sí. Estoy seguro de que le habría agradado -me contestó con expresión de culpabilidad-. Espero que repita usted la visita en alguna ocasión más propicia.»

» Siguió su camino, pero, al darme yo media vuelta, me fijé en que se había detenido y me estaba vigilando medio oculto por los arbustos de laurel que había en el extremo más alejado del jardín. Me fijé detenidamente en la casita al pasar por delante, pero las ventanas estaban cerradas con gruesas cortinas, y me dio la impresión de que no había nadie dentro. Si yo me mostraba demasiado audaz, pudiera echar a perder mi propio juego, e incluso me exponía a que me diesen orden de marcharme de la casa, porque tenía la sensación de que me vigilaban. Por eso me volví paseando al edificio principal y dejé para la noche hacer nuevas averiguaciones. Cuando todo estuvo oscuro y tranquilo, me deslicé por la ventana de mi cuarto y avancé todo lo silenciosamente que me fue posible hasta la misteriosa casita... He dicho ya que las ventanas estaban cubiertas con gruesas cortinas, pero ahora me las encontré también cerradas con persianas. Sin embargo, a través de una de ellas salía un poco de luz, y por eso concentré mi atención en ella. Tuve suerte, porque la cortina no había sido corrida del todo, y podía ver el interior de la habitación por una grieta que tenía la persiana.

Era un cuarto bastante alegre, en el que ardían una lámpara y un buen fuego en la chimenea. Frente por frente de mí estaba sentado el hombrecito al que yo había encontrado por la mañana. Fumaba en pipa y estaba leyendo un periódico. -¿Qué periódico era? -pregunté yo.

Mi cliente pareció molestarse porque yo le hubiese interrumpido el relato, y preguntó:

-¿Tiene eso importancia?

- Es de lo más esencial.

- Pues no me fijé.

- Sin embargo, quizá se fijase usted en si era un periódico de hojas anchas o uno de esos otros de tamaño mas reducido, como suelen ser los semanarios.

- Ahora que usted me menciona ese detalle, la verdad es que no era de hojas grandes.

Quizá fuese The Spectator. Pero yo no estaba para pensar en esa clase de detalles, porque de espaldas a la ventana había otro hombre sentado, y yo podría jurar que ese otro hombre era Godfrey. No le veía la cara, pero reconocí la inclinación de sus hombros, que me era sumamente familiar. Estaba apoyado sobre el codo, en actitud de gran melancolía, y miraba hacia el fuego de la chimenea.

Vacilaba yo en lo que debería hacer, cuando sentí un golpe seco en el hombro y me encontré junto a mí al coronel Emsworth.

«¡Venga por acá señor!», me dijo en voz baja.

»Caminó en silencio hasta la casa y yo le seguí, entrando ambos en mi dormitorio. Al pasar por el vestíbulo echó mano a un horario de trenes, y dijo: A las ocho treinta sale un tren para Londres. El coche está esperándole a usted a las ocho junto a la puerta. »Estaba blanco de ira, y yo me encontré no hará falta decirlo, en una posición tan difícil que hube de limitarme a algunas frases incoherentes de disculpa, tratando de excusarme con la gran preocupación que yo sentía por mi amigo. El coronel me dijo con rudeza: Este asunto no admite discusión. Ha cometido usted un acto sumamente censurable, introduciéndose en la intimidad de nuestra familia. Usted se encontraba aquí en calidad de huésped y se ha convertido en espía. Nada más tengo que agregar, señor, fuera de que no deseo volver a verle a usted. »Míster Holmes, al oír aquello

perdí los estribos y rompí a hablar acaloradamente:

Yo he visto a su hijo, y tengo la seguridad de que usted lo oculta del mundo por alguna razón que a usted solo le interesa. No puedo imaginarme a qué móviles puede usted obedecer aislándole a él de esta manera; pero estoy seguro de que mi amigo se encuentra imposibilitado de obrar con libertad. Le prevengo, coronel Emsworth, que no renunciaré a mis esfuerzos para llegar al fondo del misterio, mientras no tenga la seguridad de la salud y del bienestar de mi amigo. Desde luego, no me dejaré intimidar por nada, en absoluto, de cuanto usted pueda decir o hacer. »Aquel viejo tenía en ese momento una expresión diabólica y llegué a pensar que estaba a punto de agredirme. He dicho ya que es un gigantón de aspecto agresivo y de rostro enjuto; aunque yo no soy poca cosa, quizá me habría resultado difícil defenderme de él. Sin embargo, después de dirigirme una furibunda y larga mirada, giró sobre sus talones y salió de la habitación. Yo, por mi parte, tomé por la mañana el tren que se me había señalado, muy resuelto de venir directamente a consultar con usted y a pedirle consejo y ayuda, para lo cual le escribí pidiéndole una cita.»

Tal era el problema que mi visitante me expuso. Según habrá podido ya observar el lector astuto, ofrecía pocas dificultades para su solución, porque en la raíz del problema sólo existía una serie muy limitada (le alternativas. Sin embargo, por elemental que fuese, ofrecía puntos (le interés y de novedad que disculpaban que yo lo dejase registrado por escrito. Y ahora, empleando mi método familiar de análisis lógico, ¡)asaré a reducir paulatinamente el número de soluciones posibles.

- Dígame: ¿cuántos criados había en la casa? -le pregunté.

- Pues, por lo que yo vi, deduzco que no había más que el viejo dispensero y su mujer.

El género de vida que allí se llevaba era de lo más sencillo. -¿De modo que en la casita independiente no había ningún criado?

- Ninguno, a menos que actuase como tal el hombrecito de la barba. Sin embargo, me dio la impresión de ser una persona muy superior a ese cargo.

- He ahí un detalle muy sugestivo. ¿Se fijó usted en si llevaban de comer desde una casa a la otra?

- Ahora que usted me habla de eso, es cierto que vi al viejo Ralph ir por el camino del jardín en dirección a la casita, llevando una cesta. En aquel momento no se me ocurrió la idea de que la cesta pudiera contener alimentos. -¿Realizó usted alguna pesquisa en el pueblo?

- Sí. Hablé con el jefe de estación y también con el mesonero del pueblo. Me limité a preguntarles si tenían algunas noticias de mi antiguo camarada Godfrey Emsworth. Ambos me aseguraron que estaba realizando un viaje alrededor del mundo; que había regresado a casa y que casi enseguida volvió a salir para reemprenderlo. Es evidente que la explicación es aceptada por todos. -¿Nada habló usted de sus sospechas?

- Nada.

- Obró usted muy cuerdamente. No hay duda de que estamos en la obligación de investigar el caso.

Regresaré con usted a Texbury Old Park.

-¿Hoy mismo?

En aquel momento andaba yo ocupado en poner en claro el caso que mi amigo Watson ha relatado con el título de La Escuela de la Abadía, en la que tan de cerca se halla comprometido el duque de Greyminster. También había recibido una misión procedente del sultán de Turquía que me obligaba a una actuación inmediata, porque pudieran seguirse las más severas consecuencias políticas de no hacerlo así. Por consiguiente, y según consta en mi Diario, sólo en los comienzos de la semana siguiente pude ponerme en camino para cumplir mi compromiso en Bedfordshire en compañía de míster James M. Dodd. Mientras nos dirigíamos a la estación de Euston recogimos a un caballero grave y taciturno, de aspecto de hierro gris, con el que previamente había yo hecho los arreglos necesarios.

- Es un viejo amigo -le dije a Dodd-. Quizá su presencia sea absolutamente innecesaria, y puede también que resulte esencial. De momento no hace falta entrar en más detalles. Los relatos de Watson tendrán, sin duda,

acostumbrado al lector a que yo no pierda el tiempo en palabras inútiles y a que no ponga en claro mis pensamientos mientras no tengo resuelto el caso que llevo entre manos. Dodd pareció sorprendido, pero no se habló más acerca del asunto, y los tres proseguimos juntos el viaje. Ya en el tren pregunté a Dodd algo que yo deseaba que oyese nuestro acompañante.

- Dice usted que vio la cara de su amigo en la ventana con absoluta claridad, con una claridad tal que tiene seguridad absoluta de que era él.

- No cabe la menor duda. Apretaba la nariz contra el cristal. La luz de la lámpara se proyectaba de lleno sobre él. -¿No podría tratarse de alguien que se le pareciese?

- No, no; era él.

- Pero usted afirma que estaba cambiado, ¿no es así? -únicamente en cuanto al color. Su cara era... ¿cómo diré...?, de una blancura como de barriga de pescado.

Estaba blanqueada. -¿Con el mismo tono blanco por toda ella?

- Creo que no. Lo mejor que vi de todo fue su frente apretada contra la ventana. -

¿Le llamó usted?

- Me hallaba demasiado sobresaltado y horrorizado en aquel momento. Acto continuo, y según se lo he dicho ya, salí en persecución suya, pero sin conseguir alcanzarle.

Para mí, el caso se hallaba prácticamente completo, y tan sólo me faltaba un incidente pequeño a fin de redondearlo. Cuando, después de un considerable trayecto en coche, llegamos a la vieja casa, extraña y retirada, que mi cliente había descrito. Fue Ralph, el anciano despensero, quien nos abrió la puerta. Yo había comprometido el coche para todo el día y había pedido a mi anciano amigo que permaneciese dentro del mismo hasta que le llamásemos. Ralph, viejecito arrugado, vestía el convencional traje de chaqueta negra y pantalones negros con raya blanca, con una única y curiosa variante. Llevaba guantes de cuero color castaño, de los que se despojó instantáneamente al vernos, dejándolos encima de la mesa del vestíbulo al entrar nosotros. Según mi amigo Watson ha podido hacer notar, poseo una agudeza anormal en

mis sentidos; husmeé un aroma débil, pero acre. Parecía centrado en la mesa del vestíbulo. Me di media vuelta, coloqué allí mi sombrero, lo tire al suelo, me incliné para recogerlo y me di maña para acercar mi nariz a menos de treinta centímetros de distancia de los guantes. Sí, indudablemente que aquel curioso olor a brea salía de ellos. Seguí adelante para entrar en el despacho con mi caso ya resuelto. ¡Que lástima que no tenga más remedio que mostrar las cartas que tengo en mano cuando relato yo mismo un caso! Watson lograba presentar sus deslumbrantes finales ocultando esa clase de eslabones de la cadena.

El coronel Emsworth no estaba en la habitación, pero acudió con bastante rapidez al recibir el mensaje de Ralph. Oímos en el pasillo sus pasos rápidos y firmes. La puerta se abrió de par en par y entró precipitadamente, con la barba enmarañada y las facciones contraídas, convertido en el anciano más terrible que yo he encontrado nunca.

Tenía en la ti lam) nuestras tarjetas, las rompió en pedazos y las pisoteó. -¿No le tengo dicho, condenado entremetido, que se considere arrojado de esta casa? No vuelva jamás a tener la audacia de mostrar aquí su maldita cara. Si vuelve a entrar sin licencia mía estaré en mi de techo recurriendo a la violencia.

¡Le mataré a tiros, señor! ¡Por Dios, que lo haré! En cuanto a usted, señor -prosiguió volviéndose hacia mí-, considérese incurso en la misma advertencia. Estoy al tanto de la innoble profesión que ejerce, pero debe usted ocupar sus celebrados talentos en algún otro terreno. Aquí no hay lugar para ellos.

- No puedo marcharme de aquí -dijo mi cliente con firmeza- hasta que sepa de los propios labios de Godfrey que no se halla coartada su libertad.

Nuestro huésped, mal de su agrado, tiró de la campanilla.

- Ralph -dijo-, telefonee a la policía del condado y diga al inspector que envíe un par de guardias. Dígale que hay en la casa asaltantes.

- Un momento -le dije yo-. Míster Dodd, ya sabrá usted que el coronel Emsworth se encuentra en su derecho al dar ese paso, y que dentro de su casa nosotros podemos

consideramos fuera de la ley. Por otro lado, él debe reconocer que usted ha obrado movido enteramente por el interés que le inspira su hijo. Yo me atrevo a esperar que, si se nos conceden cinco minutos de conversación con el coronel Emsworth, conseguiré con toda seguridad alterar su punto de vista en este asunto.

- Yo no soy hombre que cambia fácilmente -repuso el veterano soldado-. Ralph, haga lo que he dicho. ¿Qué diablos espera para hacerlo? ¡Llame usted a la policía!

- No hará nada de eso -dije yo, descansando mi espalda en la puerta cerrada-.

Cualquier interferencia de la policía acarrearía la catástrofe misma que usted tanto teme.

Saqué mi libro de notas y escribí una única palabra en una hoja stielta, que entregué al coronel Emsworth, diciéndole:

- Esto es lo que nos ha traído hasta aquí. Se quedó mirando fijamente el escrito con cara de la que había desaparecido toda expresión, fuera sólo la de asombro. -¿Cómo lo sabe usted? -jadeó, dejándose caer pesadamente en su sillón.

- Por mi profesión, debo poner en claro las cosas. De eso me ocupo.

El coronel se sumió en profundas meditaciones, mientras su mano huesuda tiraba de su barba enmarañada.

De pronto hizo un gesto de resignación.

- Pues bien: si ustedes desean hablar con Godfrey, hablarán, No era ese mi propósito, pero me han obligado a ello. Ralph, diga a Godfrey y a míster Kent que iremos a visitarlos dentro de cinco minutos.

Al cabo de ese tiempo avanzamos por el camino del jardín y nos encontramos delante de la casa del misterio, que se alzaba al final de aquél. Un hombrecito de barba nos esperaba en la puerta, dando muestras de considerable asombro, y nos dijo:

- Ha sido muy repentino, coronel Emsworth, y echará a perder todos nuestros planes.

- No puedo evitarlo, míster Kent. Se nos ha hecho fuerza. ¿Puede recibirnos míster Godfrey?

- Si; está esperando dentro.

Giró sobre sus talones y nos condujo a una habitación delantera, espaciosa y sencillamente

amueblada. Un hombre nos esperaba en pie, vuelto de espaldas al fuego. Al verlo, mi cliente avanzó precipitadamente con la mano extendida. -¡Godfrey, viejo, esto es magnífico!

Pero el otro le hizo una señal con la mano indicándole que se retirase.

- No me toques, Jimmie. Mantente a distancia. ¡Sí, tienes motivos para mirarme con asombro! ¿Verdad que ya no parezco el elegante cabo honorario Emsworth, del escuadrón B?

Desde luego que su aspecto era extraordinario. Veíase que había sido un hombre bello, de facciones bien marcadas y quemadas por el sol africano; pero sobre esa superficie oscura veíanse ronchones extrañamente blancuzcos como si su piel hubiese sido blanqueada.

- Aquí tienes la razón de que no me agrade recibir visitas -dijo-. Por ti, Jimmie, no me importa, pero hubiese preferido que no viniese tu amigo. Me imagino que habrá mediado alguna razón de peso, pero con ello me encuentro en situación de inferioridad.

- Yo quería asegurarme de que no te ocurría nada, Godfrey. Te vi la noche aquella en que te pusiste a mirar por la ventana y no pude dejar el asunto tranquilo hasta ponerlo todo en claro.

- El viejo Ralph me dijo que estabas allí, y no me pude contener sin echarte un vistazo. Calculé que no me verías y tuve que refugiarme corriendo en mi madriguera cuando oí que alzabas la ventana.

- Pero, ¡por vida de...!, ¿qué es lo que ocurre?

- Es una cosa larga de contar -dijo él, encendiendo un cigarrillo-. ¿Recuerdas aquel combate por la mañana, en Buffelsspruit, en los alrededores de Pretoria, sobre el ferrocarril oriental? ¿No supiste que yo había sido herido?

- Sí; lo supe, pero no me dieron nunca detalles.

- Tres de nosotros quedamos separados del grueso de las fuerzas. Recordarás que era un territorio muy abrupto. Éramos Simpson, al que llamábamos el calvo Simpson, Andersen y yo. Estábamos limpiando el terreno de hermanos bóers, pero éstos se hallaban acechando

y nos aislaron a tres. Los otros dos fueron muertos. A mí me atravesó el hombro una bala de grueso calibre. Yo, sin embargo, me aferré a mi caballo, y éste galopó en un trayecto de varios kilómetros antes de que me desmayase y rodase desde la silla al suelo. »Cuando recobré el conocimiento estaba oscureciendo, y me incorporé, sintiéndome muy débil y enfermo.

Con gran sorpresa mía, me -.,! cerca de una casa que estaba cerrada, una casa bastante grande con a 11 -cha escalinata y muchas ventanas. Hacía un frío de muerte. Ya recordarás que todas las noches hacía un frío entumecedor, un frío muy distinto de la temperatura cruda, pero sana. Pues bien: yo estaba entumecido hasta el tuétano, y mi única esperanza consistía, al parecer, en llegar hasta aquella casa. Me puse en pie, tambaleando, y avancé arrastrandome, consciente apenas de lo que hacía. Conservo un confuso recuerdo de que subí lentamente los peldaños de la escalinata, de que entré por una puerta abierta de par en par y penetré en una habitación muy espaciosa que contenía varias camas, y que me tumbé en una de ellas con un suspiro de satisfacción. La cama estaba sin hacer, pero eso no me produjo la menor inquietud. Me cubrí con las ropas de la cama el cuerpo, que temblaba de frío, y un instante después me encontraba profundamente dormido. »Me desperté a la mañana siguiente, y tuve la impresión de que en lugar de recobrar el sentido en un mundo normal, habría irrumpido dentro de una pesadilla extraordinaria. Por las amplias ventanas, sin cortinas, penetraba un torrente de sol africano, y hasta los más pequeños detalles de aquel gran dormitorio enjalbegado y desnudo se distinguían con nitidez y realce. Estaba ante mí un hombre pequeño, parecido a un enano, de cabeza enorme y bulbosa, que chapurreaba con gran excitación en holandés, accionando con dos manos horribles que se me antojaban esponjas de color castaño. A sus espaldas había un grupo de personas que parecían sumamente divertidas con la situación pero al mirarlas sentí correr por mi cuerpo un escalofrío. Ni una sola (1, -ellas era un ser humano normal. Todas estaban contorsionadas, hinchadas

o desfiguradas de manera fantástica.
La risa de aquellos monstruos extraordinarios era espantosa de oír. »Por lo visto, ninguno de ellos era capaz de hablar en inglés, pero urgente aclarar la situación, porque aquel ser de cabeza monstruosa estaba enfureciendo cada vez más y lanzando gritos de bestia salvaje; me había puesto las manos deformes encima y me sacaba a rastras de la cama, sin hacer caso de la sangre que manaba de nuevo de mi herida. Aquel pequeño monstruo tenía la fuerza de un toro, y no se lo que me habría hecho si no hubiera acudido, al oír el barullo, un hombre anciano que se veía que ejercía autoridad. Pronunció en holandés algunas frases severas y mi perseguidor se alejó reculando. Luego, aquel hombre me miró presa del mayor asombro, y me preguntó: ¿Cómo diablos ha venido usted aquí? ¡Espere un momento! Me doy cuenta de que está usted rendido de cansancio y que es preciso curar esa herida que tiene en el hombro. Soy médico, y voy a vendarle en seguida. Pero, ¡por Dios vivo!, que está usted aquí en un peligro mayor que el que le amenaza en el campo de batalla, porque se encuentra en el hospital de leproso y ha dormido usted en la cama de un leproso. ¿Para qué voy a decirte más, Jimmie? Por lo visto, todos aquellos pobres seres habían sido evacuados el día anterior, ante la inminente batalla. Luego, al avanzar los británicos, el médico superintendente había vuelto a llevarlos allí. Éste me aseguró que, aunque él se creía inmune a la enfermedad, no se habría atrevido a hacer lo que yo había hecho. Me alojé en una habitación reservada, me trató cariñosamente y cosa de una semana después fui llevado al hospital general de Pretoria. »Ahí tienes mi tragedia. Yo aguardaba contra toda esperanza. Los terribles síntomas que tú ves en mi cara no vinieron a anunciarme que no me había salvado hasta que no me encontré de vuelta en mi casa. ¿Qué iba a hacer? Me encontraba en esta casa solitaria. Disponíamos de dos servidores en los que podíamos confiar por completo. Contábamos con una casita dentro de la cual yo podía vivir. Míster Kent, que es médico, se manifestó dispuesto a permanecer a mi lado bajo juramento de

guardar el secreto. En esas condiciones, el asunto parecía sencillo. La alternativa que se me ofrecía era espantosa: separación para toda la vida entre gentes desconocidas sin una sola esperanza de liberación. Pero era imprescindible guardar el más absoluto secreto, porque, de lo contrario, hasta en esta tranquila región campesina se habría levantado un alboroto, y yo me habría visto arrastrado a mi suerte horrible. Era preciso ocultarlo incluso de ti, Jimmie. No llego a comprender cómo mi padre ha alterado su resolución. El coronel Emsworth me señaló a mí con el dedo.

- Éste es el caballero que me forzó a ello.

Al decirlo desdobló la hoja de papel en la que yo había escrito la palabra lepra.

- Me pareció que este señor sabía tanto, que lo más seguro era dejarle que lo supiese todo.

- Y, en efecto, ha sido lo más seguro -le dije-. ¿Quién sabe si de todo esto no redundará en beneficio? Creo haber entendido que la única persona que ha examinado al enfermo ha sido míster Kent. ¿Me permite, señor, preguntarle si es usted una autoridad competente en esta clase de enfermedades? Según tengo entendido son, por naturaleza, tropicales o semitropicales.

- Sé de ellas lo que es corriente que sepa un médico instruido -me contestó, con cierta tiesura.

- No pongo en duda, señor, que sea usted un hombre de absoluta competencia, pero estoy seguro de que convendrá conmigo en que en un caso así tiene importancia conocer otra opinión más. Me parece que ha huido de esto por temor a que hiciesen presión sobre usted, para obligarle el apartamiento del enfermo.

- Así es, en afecto -dijo el coronel Emsworth.

- Preví esta situación -dije yo, explicándome- y me he hecho acompañar de un amigo en cuya discreción podemos confiar por completo. En cierta ocasión, yo pude rendirle un favor profesional, y él está dispuesto a aconsejarme más bien como amigo que en su calidad de especialista. Se llama sir James Saunders.

Ni siquiera la perspectiva de celebrar una entrevista con lord Roberts habría despertado

mayor admiración y placer en un simple subalterno que los que ahora se reflejaban en la cara de míster Kent.

- Sin duda alguna que me sentiré muy orgulloso -murmuró.

- Pues entonces voy a pedir a sir James que venga hasta aquí. En este momento se encuentra en el coche, fuera de la puerta.

Mientras tanto, coronel Emsworth, podríamos reunirnos en su despacho, donde yo le darla las explicaciones necesarias.

Aquí es donde yo echo en falta a mi Watson.

Él es capaz, recurriendo a habilidosas preguntas y exclamaciones de asombro, de elevar a la categoría de prodigio mi arte sencillo, que no es otra cosa que la sistematización del sentido común. Siendo yo quien relata mi propia historia, no dispongo de semejante ayuda. Sin embargo, voy a exponer aquí el proceso que siguió mi pensamiento, y tal como lo expuse a mi pequeño auditorio, en el que estaba incluida la madre de Godfrey, dentro del despacho del coronel Emsworth.

He aquí lo que yo dije:

- Mi razonamiento arranca de la suposición de que, una vez que se ha eliminado del caso todo lo que es imposible, la verdad tiene que consistir en el supuesto que todavía subsiste, por muy improbable que sea.

Puede ocurrir que los supuestos subsistentes sean varios, y en ese caso se van poniendo a prueba uno después de otro hasta que uno de ellos ofrezca base convincente.

Vamos a aplicar esta norma al caso en cuestión.

Tal y como a mí me lo presentaron al principio, existían tres explicaciones posibles de la reclusión o encarcelamiento de este caballero en uno de los edificios subalternos de la mansión paternal. Consistía una de las explicaciones en que estaba oculto por algún crimen, o en que estaba loco y su familia deseaba no verse en la obligación de llevarlo a un asilo o en que se hallaba afectado de alguna enfermedad que obligaba a mantenerle apartado. No se me ocurrieron otras soluciones adecuadas. Por tanto, era preciso comparar y sopesar cada una de ellas con las demás.

»La suposición del crimen no aguantaba un análisis. En este distrito no se había dado la noticia de ningún crimen cuya solución

constituyese un misterio: de eso estaba yo seguro. De haberse tratado de un crimen que permanecía años sin descubrirse, es evidente que la familia habría estado interesada en desembarazarse del delincuente y en enviarle al extranjero más bien que mantenerle oculto en casa. No se me ocurría ninguna explicación para esta última línea de conducta. »Lo de la locura ya era más plausible. La presencia de otra persona en la casita hacía pensar en un cuidador.

El hecho de que cerrase la puerta al salir reforzaba la suposición y sugería la idea de que se ejercía fuerza.

Por otro lado, esta fuerza no podía ser muy enérgica, porque en ese caso el joven no habría podido librarse de ella para ir a echar un vistazo a su amigo. Usted recordará, mister Dodd, que yo le fui tanteando en busca de detalles y preguntándole, por ejemplo, qué periódico estaba leyendo mister Kent. Si lo que leía hubiese sido *The Lancet* o *The British Medical Journal*, ese dato me habría servido de ayuda. Sin embargo, nada tiene de ilegal guardar a un loco dentro de una casa particular, siempre que esté atendido por una persona calificada para ello, y siempre que las autoridades hayan sido debidamente notificadas. ¿De dónde, pues, nacía este anhelo desesperado de guardar secreto? Tampoco aquí la teoría se amoldaba por completo a los hechos. »Quedaba la tercera posibilidad, en la que todo parecía encajar, por extraña e improbable que pareciese. La lepra no es cosa rara en África del Sur. Quizás este joven, por alguna casualidad extraordinaria, la hubiese contraído. En tal caso, su familia se vería en una situación espantosa, porque ellos querían librarle del aislamiento. Sería precisa una gran reserva para evitar que corriese el rumor de lo que ocurría, con la subsiguiente intervención de las autoridades. Un médico legal, a condición de pagarle bien, podría encargarse del paciente, no siendo difícil encontrar quien se prestase a ello. No existía razón alguna para que el enfermo no pudiera salir de su reclusión después de oscurecido. Una de las consecuencias corrientes de esta enfermedad es el blanqueo de la piel. El caso era importante, tan importante, que

me decidí a actuar como si estuviese ya demostrado.
Mis últimas dudas desaparecieron
cuando al llegar aquí me fijé en que Ralph,
que es quien lleva las comidas, usaba guantes
impregnados en materias desinfectantes.
Bastó una sola palabra para hacerle ver a
usted, señor, que su secreto había sido descubierto,
y si yo la escribí en lugar de pronunciarla,
fue para demostrarle que podía
confiar en mi discreción.

Me hallaba yo finalizando este pequeño
análisis del caso, cuando se abrió la puerta y
fue pasado al despacho el gran dermatólogo
de austera figura. Por esta vez sus facciones
de esfinge se habían relajado y había en su
mirada calor de humanidad. Se adelantó has-
ta el coronel Emsworth y le dio un apretón de
manos, diciéndole:

- Con frecuencia me toca llevar malas noticias,
y es muy raro que pueda darlas buenas.

Por esto me felicito más de esta oportunidad.
No es lepra. -¿Cómo?

- Es un caso bien claro de seudolepra o
ictiosis, una afección de la piel que le da apariencia
de escamas, fea y obstinada, pero
posible de curar y, desde luego, no infecciosa.
Sí, míster Holmes, la coincidencia es muy
notable. Pero ¿es, en verdad, una simple coincidencia,
o están en juego fuerzas sutiles de
las que es muy poco lo que sabemos? ¿Estamos
seguros de que la aprensión que este
joven ha venido sufriendo terriblemente desde
que se encontró expuesto al contagio no
ha podido producir una acción física que estimula
precisamente lo que se teme? En todo
caso, yo respondo con mi reputación profesional.

¡Pero la señora se ha desmayado!

Creo que lo mejor sería que míster Kent no
se aparte de ella hasta que se haya recobrado
de esta impresión de alegría.

La aventura de la piedra preciosa de Mazarino
Fue agradable para el Dr. Watson encontrarse
una vez más en la desordenada
sala del primer piso en Baker Street, la cual
había sido el punto de partida para tantas
rememorables aventuras. Miró alrededor suyo
hacia las gráficas científicas sobre la pared, el
banco de ácidos químicos calcinados, el estuche
de violín recostado en el rincón, el balde
para carbones, que contenía viejas pipas y

tabaco. Finalmente, sus ojos se posaron en la fresca y sonriente cara de Billy, un joven pero muy sabio y diplomático ayudante, quien lo había ayudado en parte a cubrir los espacios de soledad y aislamiento que rodeaban la saturnina figura del gran detective.

- Parece que nada ha cambiado, Billy.

Nunca cambies. ¿Espero que se pueda decir lo mismo de él?

Billy echó una mirada con cuidado sobre la cerrada puerta de la habitación.

- Creo que está acostado y durmiendo - dijo.

Eran las siete de la tarde de un hermoso día de verano, pero el Dr. Watson estaba suficientemente familiarizado con la irregularidad de las horas de su viejo amigo para no sentirse sorprendido con la idea. -¿Eso significa un caso, supongo?

- Sí, señor, está muy complicado en este momento. Estoy asustado por su salud. Se pone pálido y delgado, y no come nada.

"¿Cuándo estará disponible para cenar, Sr. Holmes?" preguntó la Sra. Hudson. "Siete y media, pasado mañana", le contestó. Usted sabe sus maneras cuando está compenetrado en un caso.

- Sí, Billy, lo sé.

- Está siguiendo a alguien. Ayer salió como un obrero en busca de trabajo. Hoy era una anciana.

Honestamente me atrapo, lo hizo, y debo conocer sus maneras por ahora -Billy apuntó con una sonrisa burlona a un hinchado parasol reclinado contra el sofá-. Eso es parte del vestido de anciana - dijo. -¿Pero de qué se trata todo esto, Billy?

Billy disminuyó su voz, como uno que discute grandes secretos de estado.

- No está en mi mente contarle, señor, pero no debería ir más lejos. Es este caso de la corona de diamantes. -¡Qué! ¿El robo de cientos de miles de libras?

- Sí, señor. Deben regresarlo, señor. Porque, tenemos al Primer Ministro y el Secretario de Estado ambos sentados en ese sofá. El Sr. Holmes fue muy amigable con ellos. Prontamente los puso en su cuidado y prometió hacer todo lo que pudiera. Entonces está Lord Cantlemere... -¡Ah!

- Sí, señor, usted sabe que significa. Es un arrogante, señor, si puedo decirlo. Puedo permanecer con el Primer Ministro, y no tengo nada contra el Secretario de Estado, quien parece un hombre civilizado y de complaciente estilo, pero no puedo permanecer con su señoría. Ninguno puede, ni el Sr. Holmes, señor.

Verá, él no cree en el Sr. Holmes y estaba en contra de emplearlo. El piensa que fallará.

-¿Y el Sr. Holmes lo sabe?

- El Sr. Holmes siempre sabe lo que hay que saber.

- Bien, esperemos que no falle y que Lord Cantlemere resulte sorprendido. Pero debo decir, Billy, ¿Qué es esa cortina que tapa la ventana?

- El Sr. Holmes la puso hace tres días.

Tenemos algo gracioso tras de ella.

Billy avanzó y retiró la cortina que apantallaba la alcoba de la arqueada ventana.

El Dr. Watson no pudo reprimir un grito de asombro. Allí había un maniquí de su antiguo camarada, vestido con camisón, la cara volcada tres cuartos hacia la ventana y hacia abajo, como que estuviera leyendo un libro invisible, mientras el cuerpo estaba profundamente hundido sobre un sillón. Billy desprendió la cabeza y la sostuvo en el aire.

- La pusimos en diferentes ángulos, pero esta es la que parecía más real. No debería atreverme a tocarla si la persiana no estuviera baja. Pero cuando está arriba puede verlo desde la otra calle.

- Nosotros usamos algo parecido una vez hace tiempo.

- Antes de mi tiempo -dijo Billy. Luego apartó las cortinas y miró hacia la calle-. Ahí hay personas que nos observan a lo lejos. Puedo ver a uno en este momento por la ventana. Véalo usted mismo.

Watson avanzó un paso cuando la puerta de la habitación se abrió, y a lo largo, la delgada forma de Holmes emergió, con su pálida y dibujada cara pero con sus pasos y su porte tan activos como siempre. Con un solo brinco ya estaba en la ventana, y cerró las persianas una vez más.

- Eso lo habrá hecho, Billy -dijo-. Ahora estás en peligro de muerte, mi muchacho, no

puedo hacerlo sin ti ahora. Bien, Watson, es bueno verte en tu viejo cuarto una vez más.

Has venido en un momento crítico.

- Así lo deduzco.

- Puedes irte, Billy. Ese chico es un problema, Watson. ¿Cuan lejos estoy justificado a permitir que esté en peligro? -¿Peligro de qué, Holmes?

- De muerte súbita. Estoy esperando algo esta noche. -¿Esperando qué?

- Ser asesinado, Watson. -¡No, no, está bromeando, Holmes!

- Incluso mi limitado sentido del humor puede cultivar una mejor broma que esa. Pero debemos permanecer cómodos mientras tanto, ¿No deberíamos? ¿Está permitido el alcohol? El gasógeno y los cigarros están en su antiguo lugar. Déjeme ver una vez más en el acostumbrado sillón. ¿Espero, que no haya aprendido a despreciar mi pipa y mi lamentable tabaco? Ha debido tomar el lugar de la comida en estos días. -¿Pero por qué no come?

- Porque las facultades se refinan cuando se está muy hambriento. Porque, seguramente, como un doctor, mi querido Watson, debes admitir que la digestión gana en el almacenamiento de sangre tanto que pierde en el cerebro. Yo soy un cerebro, Watson. El resto de mí es meramente un apéndice. En consecuencia, es el cerebro el que debo considerar.

-¿Pero, y este peligro, Holmes?

- Ah, sí, en caso de que algo ocurra, debería quizás estar bien que cargues en la memoria con el nombre y la dirección del asesino. Puedes dárselo a Scotland Yard, con mi cariño y una oración de despedida. Sylvius es el nombre... Conde Negretto Sylvius. ¡Escríballo, hombre,scríballo! Moorside Gardens 136, N.W. ¿Lo tiene?

La honesta cara de Watson fue crispándose con ansiedad. Conocía demasiado bien los inmensos riesgos tomados por Holmes y era consciente que lo que él dijera sería más una subestimación que una exageración. Watson era siempre un hombre de acción, y se elevó a la ocasión.

- Inclúyame, Holmes. No tengo nada que hacer por un día o dos.

- Su moral no mejora, Watson. Ha agregado la mentira a sus otros vicios. Alberga

cada señal de un médico ocupado, con llamadas sobre los pacientes a cada hora.

- No son casos importantes. ¿Pero no puede arrestar a este hombre?

- Sí, Watson, puedo. Eso es lo que lo preocupa. -¿Pero por qué no lo hace?

- Porque no sé dónde está el diamante.

- Ah! Billy me contó... ¡la corona de gemas perdida!

- Sí, la gran piedra amarilla de Mazarino.

He lanzado mi red y he atrapado al pez. Pero no tengo la piedra. ¿Cuál es el sentido de atraparlos? Podemos hacer al mundo un mejor lugar pisándole los talones. Pero no es eso lo que busco. Es la piedra lo que quiero. -¿Y es este Conde Sylvius uno de sus peces? -Sí, y él es un tiburón. Muerde. El otro es Sam Merton, el boxeador. No es una mala persona, Sam, pero el Conde lo ha usado. Sam no es un tiburón. Es un gran y obstinado pez. Pero está siendo atrapado por mi red como todos los demás. -¿Dónde está este Conde Sylvius?

- He estado a su lado toda la mañana.

Debería haberme visto como una anciana, Watson. Nunca fui tan convincente. De hecho levantó el parasol por mí una vez. "Con su permiso, madame" dijo, en un tono medio italiano, usted sabe, y con la maneras agraciadas del sur cuando está de humor, pero un diablo encarnado en el otro estado. La vida está llena de caprichosos hechos, Watson.

- Debí ser una tragedia.

- Bien, quizás debió serlo. Lo seguí al viejo taller de Straubenzee en las Minorías. Straubenzee hizo el rifle de aire, una hermosa pieza de arte, como yo lo entiendo, y como puede imaginarse está en la ventana opuesta en este preciso momento. ¿Ha visto al maniquí? Por supuesto, Billy se lo ha mostrado. Bien, debería obtener un proyectil a través de su preciosa cabeza en cualquier momento. ¿Ah, Billy, qué es esto?

El chico reapareció en la sala con una tarjeta sobre una bandeja. Holmes la ojeó con sus elevadas pestañas y con irónica sonrisa.

- El hombre por sí mismo. Era difícil de esperar. ¡Captó la ofensa, Watson! Un hombre de audacia.

Posiblemente haya oído hablar de su reputación

como un tirador de grandes juegos.

Sería ciertamente un final triunfante para su excelente record deportivo si me agrega a su bolsa. Es una prueba de que siente mi punta del pie detrás de su talón.

- Envíe por la policía.

- Probablemente lo haga. Pero no ahora.

¿Quisiera asomarse cuidadosamente por la ventana, Watson, y verificar si alguien está esperando en la calle?

Watson observó cautelosamente rodeando el borde de la cortina.

- Sí, hay un tipo rudo cerca de la puerta.

- Ese debe ser Sam Merton... el leal aunque mejor dicho vanidoso Sam. ¿Dónde está este caballeroso Billy?

- En la sala de espera, señor.

- Tráelo cuando suene el timbre.

- Sí, señor.

- Y si no estoy en la sala, tráelo igual.

- Sí, señor.

Watson esperó hasta que la puerta se cerrara, y entonces se volvió encarecidamente hacia su compañero.

- Mire, Holmes, esto es sencillamente imposible.

Este es un hombre desesperado, quien no se adhiere a nada. Quizás haya venido a matarlo.

- No debería estar sorprendido.

- Insisto sobre permanecer con usted.

- Sería horrible en el camino. -¿En su camino?

- No, mi querido amigo... en mi camino.

- Bien, no puedo dejarlo.

- Sí, usted puede, Watson. Y lo hará, porque nunca ha fallado en jugar el juego.

Debo asegurarme que jugará hasta el final.

Este hombre ha venido por sus propios propósitos, pero debe permanecer por mí - Holmes tomó su anotador y garabateó algunas líneas-. Tome un coche de alquiler hasta Scotland Yard y déle esto a Youghal de la División de Investigaciones Criminales. Regrese con la policía. El arresto del cómplice seguirá después.

- Lo haré con alegría.

- Antes de que regrese debería tener suficiente tiempo para encontrar donde está la piedra - tocó la campana-. Creo que deberíamos salir por la habitación. Esta segunda

salida es excesivamente útil. Quiero preferiblemente ver a mi tiburón sin que me vea, y tengo, como recordará, mi propia forma de hacerlo.

Fue, en consecuencia, una habitación vacía a la cual Billy, un minuto después, condució al Conde Sylvius.

El famoso tirador, deportista, y hombre de ciudad era una persona morena, con un formidable bigote oscuro sombreando una cruel y delgada boca, y transpuesta por una larga y curvada nariz como el pico de un águila. Estaba bien vestido, pero su brillante corbata, su resplandeciente alfiler, y sus relucientes anillos eran extravagantes para su efecto. Cuando la puerta se cerró tras de él, miró alrededor con feroces y sobresaltados ojos, como uno que sospecha una trampa a cada paso. Entonces se puso violento al notar la impasible cabeza y el collar del camisón que se proyectaba por encima del sillón en la ventana. Primero su expresión fue una de puro asombro. Entonces la luz de una horrible esperanza centelleó en sus oscuros y sangrientos ojos. Tomó un vistazo a su alrededor para ver que no hubiera testigos, y entonces, en puntas de pie, levantó su gruesa vara, y se aproximó a la silenciosa figura. Se estaba agachando para su salto y estallido final cuando una fría y sardónica voz lo saludo desde la puerta abierta de la habitación: -¡No lo rompa, Conde! ¡No lo rompa!

El asesino trastabilló, asombrado en su convulsa cara. Por un instante levantó su cargado bastón una vez más, como si pudiera volcar su violencia desde la imagen hacia el original; pero había algo en esos firmes ojos grises y sonrisa burlona que causaron que su mano se posara a un lado.

- Es un objeto hermoso -dijo Holmes, avanzando hacia la imagen-. Tavernier, el modelador francés, lo hizo. El es tan bueno para las figuras de cera como su amigo Straubenzee es para los rifles de aire. -¡Rifles de aire, señor! ¿A qué se refiere?

- Ponga su sombrero y la vara en el costado de la mesa. ¡Gracias! Por favor, tome asiento. ¿Podría tener la amabilidad de quitarse su revolver también? Oh, muy bien, si prefiere sentarse sobre él. Su visita es realmente

oportuna, porque de mala manera quería tener unos pocos minutos de charla con usted.

El Conde frunció el ceño, con pesadas y amenazadoras cejas.

- Yo, también, deseaba tener algunas palabras con usted, Holmes. Es por eso que estoy aquí. No negaré que intentaba embestirlo. Holmes meció sus piernas en el borde de la mesa.

- Más bien deduzco que tenía alguna especie de idea en su cabeza -dijo. -¿Pero por qué estas atenciones personales?

- Porque ha salido de su camino para fastidiarme.

Porque ha puesto sus criaturas sobre mi camino. -¡Mis criaturas!!Le aseguro que no! -¡Absurdo! Los tengo vigilados. Dos pueden jugar el mismo juego, Holmes.

- Hay un pequeño punto, Conde Sylvius, pero quizás querría amablemente darme un sobreaviso cuando me visita. Puede entender eso, con mi, rutina de trabajo, debo encontrarme en familiares términos con la mitad de la galería de bribones, y entenderá que las excepciones son odiosas.

- Bien, Sr. Holmes, entonces. -

¡Excelente! Pero le aseguro que está equivocado acerca de mis supuestos agentes.

El Conde Sylvius rió desdeñosamente.

- Otras personas pueden observarlo tan bien como usted. Ayer fue un viejo deportista. Hoy fue una anciana mujer. Ellos me vigilan todo el día.

- Realmente, señor, usted me elogia. El viejo Barón Dowson dijo la noche anterior a que fuera colgado que en mi caso lo que la ley ha ganado el escenario lo ha perdido. ¿Y ahora usted me halaga por mis pequeñas interpretaciones? -¿Fue... fue usted? -Holmes se encogió hombros.

- Puede ver en el rincón el parasol que tan educadamente me sostuvo en la Minorías antes de que empezara a sospechar.

- Si lo hubiese sabido, nunca...

- Hubiera visto esta horrible casa nuevamente. Estaba consciente de ello. Todos hemos descuidado oportunidades para lamentar. ¡Como sucedió, no lo sabe, así que aquí estamos!

Las nudosas cejas del Conde se acumularon

más pesadamente sobre sus amenazantes ojos.

- Lo que dice sólo empeora la situación. ¡No eran sus agentes pero usted actuando, entrometido! Admite que me ha estado acosando.

¿Por qué? -Venga, Conde. Usted solía disparar a leones en Algeria. -¿Y bien? -¿Pero qué? -¿Qué? ¡El deporte... la excitación... el peligro! -¿Y, sin dudas, liberar al país de la peste? -¡Exactamente! -¡Mis razones en pocas palabras!

El Conde se puso de pie, y su mano involuntariamente retrocedió a su bolsillo. -

¡Siéntese, señor, siéntese! Hay otra, más práctica, razón. ¡Quería ese diamante amarillo!

El Conde Sylvius se apoyó en su silla con una malévola sonrisa. -¡Sobre mi cadáver! - dijo.

- Usted sabía que estaba tras suyo por eso. La verdadera razón por la que está aquí esta noche es para encontrar cuanto sé acerca del asunto y cuan lejos mi eliminación es absolutamente esencial. Bien, debería decir que, desde su punto de vista, es absolutamente esencial, porque lo sé todo, excepto una cosa, que está dispuesto a contarme. -

¡Oh, efectivamente! ¿Y por favor, cuál es el hecho faltante?

- Donde está la corona de diamantes.

El Conde miró tajantemente a su compañía.

-¿Oh, usted quiere saberlo, no es cierto?

¿Cuán endemoniado debo ser para permitirme contarle donde está?

- Puede, y debe. -¡Por supuesto!

- No puede engañarme, Conde Sylvius -

Los ojos de Holmes, cuando lo contemplaba, se contrajeron y se iluminaron hasta que se volvieron como dos amenazantes puntos de acero-. Es absolutamente de vidrio.

Puedo ver hasta el fondo de su mente. -

¡Entonces, por supuesto, puede ver donde está el diamante!

Holmes aplaudió con sus manos con diversión, y luego apuntó un sarcástico dedo. -

¡Entonces lo sabe. Lo admite!

- Yo no admito nada.

- Ahora, Conde, si es razonable podemos hacer negocios. Si no, saldrá herido.

El Conde Sylvius lanzó sus ojos hacia el techo. -¡Y usted habla acerca de engaños! -

dijo.

Holmes lo observó atentamente como un maestro jugador de ajedrez quien medita su culminante movida.

Entonces abrió el cajón de la mesa y sacó un relleno anotador. -¿Sabe lo que guardo en este libro? -¡No, señor, no lo sé! -¡Usted! - ¡Yo! -¡Sí, señor, usted! Usted está aquí... toda acción de su vil y peligrosa vida. -¡Maldito sea, Holmes! -gritó el Conde con flameantes ojos-. Hay límites para mi paciencia!

- Está todo aquí, Conde. Los hechos reales de la muerte de la anciana Sra. Harold, quien le dejó la herencia de Blymer, la cual tan rápidamente apostó. -¡Está soñando!

- Y la completa historia de vida de la Srita. Minnie Warrender. -¡Tonterías!!Usted no hará nada con eso!

- Aquí tenemos mucho más, Conde. Aquí esta el robo en el tren de lujo hacia el Riviera el 13 de Febrero de 1892. Aquí esta el cheque falsificado en el mismo año en el Crédito Lyonnais.

- No; usted se equivoca en eso. -

¡Entonces tengo razón sobre los otros! Ahora, Conde, usted es un jugador de cartas. Cuando el otro compañero tiene todos los triunfos, es tiempo de arrojar la mano. -¿Qué tiene que ver toda esta conversación con la gema de la cual hablé?

- Gentilmente, Conde. ¡Contenga esa fervorosa mente! Déjeme llegar a los puntos en mi propia y monótona manera. Tengo todo esto contra usted; pero, por sobre todo, tengo un limpio caso contra ambos, usted y su farsante peleador en el caso de la corona de diamantes. -¡Ciertamente!

- Tengo el chofer que lo llevó hasta Whitehall y el chofer que lo trajo de vuelta. Tengo al comisionado que lo vio cerca del caso. Tengo a Ikey Sanders, quien rehúsa interceder por usted. Ikey lo ha delatado, y el juego ha terminado.

Las venas saltaron en la frente del Conde. Sus oscuras y peludas manos se cerraron con fuerza en una convulsión de emoción controlada. Trató de hablar, pero las palabras no tomaban forma.

- Esa es la mano que estoy jugando -dijo Holmes-. Están puestas en la mesa. Pero una

carta está perdida. Es el Rey de Diamantes.
No sé donde está la piedra.
- Y Nunca lo sabrá. -¿No? Ahora, sea razonable,
Conde. Considere la situación. Está
encerrándose por veinte años. También Sam
Merton. ¿Qué tiene de bueno alejarse del diamante?
Nada en el mundo. Pero si lo toma...
bien, ello compondría un crimen. No queremos
ni a usted ni a Sam. Queremos la piedra.
Dénosla, y tanto como me concierna puede
mantenerse libre tanto tiempo como se com-
porte en el futuro. Si hace otro desliz... bueno,
será el último. Pero en este tiempo mi
encargo es conseguir la piedra, no a usted. -
¿Pero si me rehúso?
- Porque, entonces... ¡Que pena...! Será
usted y no la piedra.
Billy apareció en respuesta a un timbre.
- Creo, Conde, que sería bueno tener a
su amigo Sam en esta conferencia. Después
de todo, sus intereses deberían estar representados.
Billy, verás un gran y feo caballero
afuera, en la puerta de entrada. Pregúntale si
quiere subir. -¿Y si el no quiere venir, señor?
- Sin violencia, Billy. No seas rudo con él.
Si le dices que el Conde Sylvius lo quiere seguramente
vendrá. -¿Qué es lo que va a
hacer ahora? -preguntó el Conde cuando Billy
desapareció.
- Mi amigo Watson estuvo conmigo. Le
dije que tenía un tiburón y un pez en mis
redes; ahora estoy trazando la red y juntándolos.
El Conde se levantó de su silla, y su mano
fue tras su espalda. Holmes sostuvo algo
que sobresalía del bolsillo de su camisón.
- No morirás en tu cama, Holmes.
- He tenido a menudo la misma idea.
¿Acaso importa? Después de todo, Conde, su
propia salida se parece más a una perpendicular
que a una horizontal. Pero esas anticipaciones
del futuro son mórbidas. ¿Por qué
no nos rendimos al incontenible deleite del
presente?
Una repentina luz de bestia salvaje emanó
en la oscuridad, amenazantes ojos de un
maestro criminal. La figura de Holmes pareció
agrandarse mientras él se ponía tenso y listo
para disparar.
- No es bueno que manosee el revolver,
mi amigo -dijo con una voz calma-. Conoce

perfectamente bien que no se atrevería a usarla, incluso si le diera el tiempo para jalarlo. Sucio, cosas ruidosas, revólveres, Conde.

Mejor la vara a los rifles de aire. Ah! Creo que oigo las pisadas de su estimable compañero.

Buen día, Sr. Merton. Permanecía aburrido en la calle, ¿No es cierto?

El galardonado boxeador, un duramente edificado joven con una estúpida, obstinada y endurecida cara, permanecía torpemente en la puerta, mirando con expresión desconcertada.

La cortés manera de Holmes era una nueva experiencia, y aunque vagamente notaba que era hostil, no sabía como contrarrestarla.

Se volvió hacia su astuto camarada en busca de ayuda. -¿Qué es este juego, Conde? ¿Qué es lo que quiere este hombre?

¿Qué pasa? -Su voz era profunda y ronca.

El Conde se encogió de hombros, y fue Holmes quien respondió.

- Si puedo ponerlo en pocas palabras, Sr. Merton, debería decir que todo está arreglado.

El boxeador seguía en la misma dirección observando a su socio. -¿Este hombre está tratando de ser gracioso, o qué? No estoy de humor.

- No, no lo espero -dijo Holmes-. Creo que puedo prometerle que se sentirá incluso menos divertido cuando la noche avance. Ahora, mire aquí, Conde Sylvius. Soy un hombre ocupado y no puedo perder tiempo. Me voy a esa habitación. Por favor siéntense como en sus casas en mi ausencia. Puede explicarle a su amigo cual es la situación del asunto sin la limitación de mi presencia. Debería practicar la Barcarole de Hoffman sobre mi violín. En cinco minutos regresaré por su respuesta final. ¿Ha comprendido la alternativa, no? ¿Lo apresamos a usted, o nos entrega la piedra?

Holmes se retiró, levantando su violín del rincón por el que pasaba. Unos pocos momentos después, las melancólicas notas del mayor hechizo vinieron débilmente a través de la cerrada puerta de la habitación. -¿Qué es esto, entonces? -preguntó Merton ansiosamente a su compañero cuando se volvió-

¿Sabe acaso de la piedra?

- El sabe condenadamente demasiado sobre ello. Pero no estoy seguro que sepa

todo. -¡Por Dios! -La lívida cara del boxeador se tornó una sombra blanca.

- Ikey Sanders nos ha delatado. -¿Qué ha que? Le haré pedazos por eso si soy colgado.

- Eso no nos ayudará de mucho. Necesitamos mentalizar lo que hay que hacer.

- Cuidado -dijo el boxeador, mirando suspicazmente a la puerta de la habitación-.

Es un tramposo que quiere vigilarnos. ¿Se supone que no nos está escuchando? -¿Cómo puede escucharnos con esa música?

- Es correcto. Quizás alguien detrás de la cortina. Demasiadas cortinas en esta habitación

- Mientras miraba alrededor repentinamente observó por primera vez la imagen en la ventana, y permaneció quieto y apuntando, demasiado asombrado para pronunciar palabra.

-¡Tonterías! Es solo un muñeco -dijo el Conde. -¿Es falso, no es cierto? ¡Bueno, me asusta! Madame Tussaud no está ahí. Es el espíritu viviente de ella, vestida y todo. ¡Pero las cortinas, Conde! -¡Oh, te desconciertan las cortinas! Estamos perdiendo nuestro tiempo, y no hay demasiado. El puede encarcelarnos por esta piedra. -¡Diantre si puede!

- Pero él nos dejará irnos si solamente le decimos donde está el botín. -¡Qué! ¿Dárselo? ¿Darle cientos de miles de libras?

- Es lo uno o lo otro.

Merton sacudió su rapada calva.

- Está solo. Hagámoslo. Si no tuviera su luz no tendríamos nada que temer.

El Conde sacudió su cabeza.

- Está armado y listo. Si le disparamos a duras penas podríamos alejarnos de un lugar como este. Además, es suficiente como para que la policía sepa cualquier evidencia que él tenga. ¡Espera! ¿Qué es esto?

Había un vago sonido que parecía venir de la ventana. Ambos hombres se agazaparon, pero todo estaba calmo. Excepto por la única extraña figura sentada en la silla, la habitación estaba ciertamente vacía.

- Hay algo en la calle -dijo Merton-. Mire, jefe, usted tiene el cerebro. Seguramente encontrará la forma de salir. Si asestarle un golpe no lo es entonces es todo suyo.

- He engañado a mejores hombre que él -contestó el Conde-. La piedra está aquí en mi bolsillo secreto.

No tomé riesgos al dejarlo. Puede estar fuera de Inglaterra esta noche y dividido en cuatropiezas en Ámsterdam antes del Domingo. No sabe nada de Van Seddar.

- Pensé que Van Seddar se iría la próxima semana.

- Lo estaba. Pero ahora debe salir en el próximo ferry. Uno u otro de nosotros debe escabullirse con la piedra hacia la calle Lima y decirle.

- Pero el falso fondo no está hecho.

- Bien, debe tomarlo como está y arriesgarse.

No hay ni un momento que perder - nuevamente, con el sentido de peligro que se convierte en un instinto en el deportista, se detuvo y observó duramente hacia la ventana. Sí, era seguro que desde la calle venía ese débil sonido.

- Respecto a Holmes -continuó-, podemos engañarlo suficientemente fácil. Verás, el condenado tonto no nos arrestará si le damos la piedra. Bien, le prometeremos la piedra. Lo pondremos sobre el camino equivocado, y antes de que descubra que está por mal camino estará en Holanda y nosotros fuera del país. -¡Eso suena genial! -exclamó Sam Merton con una amplia sonrisa.

- Puedes irte y decirle al holandés que se mueva. Yo veré a este tonto y lo llenaré con confesiones falsas.

Le diré que la piedra está en Liverpool.

Como me aturde esa melancólica música; ¡Me pone de los nervios!

En el momento en que encuentre que no está en Liverpool ya estará en cuartos y nosotros sobre el agua azul.

Regresa, fuera de la línea de la cerradura.

Aquí está la piedra.

- Me extraña que no se atreva a llevarla.

-¿Dónde puedo mantenerla segura? Si pudiéramos sacarla de Whitehall alguien más podría seguramente alejarla de mí.

- Echémosle una mirada.

El Conde Sylvius lanzó algo así como una mirada poco halagadora hacia su socio e hizo caso omiso de las manos sucias que se extendían hacia él. -¿Qué... piensas que voy a robártelo? Mire, señor, me estoy cansando de sus métodos.

- Bien, bien, sin ofensas, Sam. No podemos

permitirnos una disputa. Ve por la ventana si quieres ver la adecuada belleza. ¡Ahora sostén la lámpara! ¡Aquí! -¡Gracias!
Con un simple salto Holmes brincó de la silla del maniquí y atrapó la preciosa gema. La sostuvo en una sola mano, mientras que con la otra apuntaba un revolver a la cabeza del Conde. Los dos villanos retrocedieron en absoluto asombro. Antes de que se recobraran Holmes presionó la campana eléctrica. - ¡Sin violencia, caballeros... sin violencia, les ruego! ¡Consideren el amueblado! Debe ser evidente para usted que en su posición es imposible. La policía está esperando abajo. La perplejidad del Conde sobrepasó su furia y su temor. -¿Pero cómo dedujo...? - balbuceó.

- Su sorpresa es muy natural. No estaba enterado que una segunda puerta de mi habitación se dirige directamente detrás de la cortina. Me imaginé que debió oírme cuando desplacé la imagen, pero la suerte estaba de mi lado. Me dio una chance de escuchar a su graciosa conversación que hubiese sido penosamente embarazosa si estuvieran percatados de mi presencia.

El Conde brindó un gesto de resignación.

- Lo subestimamos, Holmes. Creo que eres el mismísimo diablo.

- No tan lejos, de cualquier forma -

Holmes respondió con una cortés sonrisa.

El lento intelecto de Sam Merton sólo gradualmente fue apreciando la situación.

Ahora, con los sonidos de pesados pasos viniendo por las escaleras, rompió el silencio. -

¡Un polizone! -dijo-. ¡Pero, digo, que hay acerca de ese violín! Yo lo oí. -¡Tonterías, tonterías! -respondió Holmes-. Tienes perfectamente la razón. ¡Encendámoslo! Estos modernos gramófonos son una memorable invención.

Hubo un apresuramiento de la policía, los grilletos chasquearon y los criminales fueron llevados al coche.

Watson se demoró con Holmes, felicitándolo por esta fresca hoja añadida a sus laureles.

Una vez más su conversación fue interrumpida por el imperturbable Billy con su tarjetero.

- Lord Cantlemere, señor.

- Tráelo, Billy. Este es un eminente noble

que representa los más altos intereses -dijo Holmes-. Es una excelente y leal persona, pero sin embargo del viejo régimen. ¿Deberíamos enderezarlo? ¿Nos atreveríamos a aventurar sobre él con una despreciada libertad? No sabe, debemos conjeturar, nada de lo que ocurrió.

La puerta se abrió para admitir una delgada y austera imagen con una cara feroz y bigotes encorvados de la era victoriana y de una reluciente negrura que duramente correspondería con los redondeados hombros y endeble caminar. Holmes avanzó amablemente y agitó una apática mano. -¿Cómo le va, Lord Cantlemere?

Está helado para este momento del año, pero seguramente caliente puertas adentro. ¿Puedo tomar su abrigo?

- No, gracias; no me lo quitaré.

Holmes apoyó su mano insistentemente sobre la manga. -¡Permítame! Mi amigo el Dr. Watson le asegurará que estos cambios de temperatura son de los más tendenciosos. Su señoría se agitó libremente con un poco de impaciencia.

- Estoy cómodo, señor. No necesito quedarme. Vengo simplemente a observar e interiorizarme como está progresando la tarea que se le encargó.

- Es difícil... muy difícil.

- Me temo que no lo encuentre.

Hubo una distintiva burla en las palabras y maneras del viejo cortesano.

- Todo hombre encuentra sus limitaciones, Sr. Holmes, pero por lo menos nos cura de la impotencia de la autosatisfacción.

- Sí, señor, he estado desconcertado.

- Sin duda.

- Especialmente sobre un punto. ¿Posiblemente pueda ayudarme en él?

- Solicita por mi consejo cuando ya ha avanzado el día. Pienso que usted tiene sus propios y suficientes métodos. Sin embargo, estoy listo para ayudarlo.

- Verá, Lord Cantlemere, no tenemos dudas en enmarcar un caso contra los actuales ladrones.

- Cuando los atrape.

- Exactamente. Pero la cuestión es...

¿Cómo deberemos proceder contra el receptor?

-¿No es algo prematuro?

- Es bueno tener nuestros planes listos.

Ahora, ¿Qué nos recomendaría como evidencia final contra el receptor?

- La posesión de la piedra. -¿Usted lo arrestaría por eso?

- Indudablemente.

Holmes raramente reía, pero estaba tan cerca como su amigo Watson podía recordar.

- En ese caso, mi querido señor, estoy en la penosa necesidad de avisarle que esta bajo arresto.

Lord Cantlemere estaba muy enfurecido.

Alguno de los antiguos fuegos ardieron sobre sus lívidas mejillas.

- Se está tomando una gran libertad, Sr.

Holmes. En cincuenta años de vida oficial nunca recuerdo tal hecho en un caso. Soy un hombre ocupado, señor, involucrado en importantes asuntos, y no tengo tiempo o gusto de bromas. Debo decirle francamente, señor, que nunca he sido un creyente en sus poderes, y que siempre fui de la opinión que el asunto era más seguro tenerlo en las manos de la fuerza policial regular. Su conducta confirma todas mis conclusiones. Tengo el honor, señor, de desearle buenas noches.

Holmes velozmente cambió su posición y se puso entre el colega y la puerta.

- Un momento, señor -dijo-. Dejarlo ir con la piedra Mazarino sería una ofensa mayor que encontrarlo en posesión temporal de ella. -¡Señor, esto es intolerable! Déjeme pasar.

- Ponga su mano en el bolsillo derecho de su abrigo. -¿Qué quiere decir, señor?

- Venga... venga, haga lo que le digo.

Un instante después el asombrado colega permaneció, parpadeando y balbuceando, con la gran piedra amarilla en su temblante palma.

-¡Qué! ¡Qué! ¿Cómo es esto, Sr. Holmes?

-¡Muy mal, Lord Cantlemere, muy mal! - exclamó Holmes-. Mi viejo amigo aquí presente le dirá que tengo un impulsivo hábito de practicar bromas. También que nunca puedo resistir una situación dramática.

Me tomé la libertad... la gran libertad, debo admitir... de poner la piedra en su bolsillo al comienzo de nuestra entrevista.

El viejo colega clavó los ojos desde la

piedra a la sonriente cara tras de él.

- Señor, estoy desconcertado. Pero... si... es por cierto la piedra Mazarino. Somos gratamente sus deudores, Sr. Holmes. Su sentido del humor puede, como admite, ser algo pervertido, y su exhibición memorablemente inoportuna, pero por lo menos debo retirar cualquier reflexión que hice sobre sus asombrosos poderes profesionales. Pero cómo...

- El caso está medio concluido; los detalles pueden esperar. Sin duda, Lord Cantlemere, su placer en contar este exitoso resultado en el enardecido rol de su regreso será una pequeña expurgación de mi broma pesada. Billy, muéstrale la salida a su señoría y dile a la Sra. Hudson que estaría agradecido si pudiera enviar una cena para dos tan pronto como sea posible.

La aventura de Los Tres Gabletes No creo que alguna de mis aventuras con el Sr. Sherlock Holmes se haya resuelto tan abruptamente y de manera dramática, como la que se asocia con The Three Gables (NdT: Los Tres Gabletes). No había visto a Holmes por varios días y no tenía idea del nuevo canal por el cual sus actividades habían sido dirigidas. Estaba de un humor locuaz esa mañana, sin embargo, y precisamente me había sentado en el sillón consumido en un lado del fuego, mientras se encrespaba con su pipa en la boca sobre la silla opuesta, cuando nuestro visitante arribó. Si hubiera dicho que un toro bravo había arribado sería dar una clara impresión de lo que ocurrió.

La puerta había sido abierta violentamente y un enorme negro había estallado en la habitación. Hubiera sido una figura cómica si no hubiera sido terrorífico, porque estaba vestido en un traje de etiqueta con una corbata ondulante de color salmón. Su ancha cara y nariz achatada estaban empujadas hacia delante, y sus sombríos ojos negros, con un destello ardiente de malicia en ellos, se volvían de uno hacia el otro. -¿Cuál de ustedes, caballeros es el señor Holmes? - preguntó.

Holmes elevó su pipa con una lánguida sonrisa. -¡Oh! ¿Es usted, no es cierto? -dijo nuestro visitante, acercándose con unos desagradables y sigilosos pasos alrededor del

ángulo de la mesa- Verá, señor Holmes, mantenga sus manos fuera de los negocios de otros. Deje a otra gente manejar sus propios asuntos. ¿Comprende eso, señor Holmes?

- Siga hablando -dijo Holmes-. Está bien.

-¡Oh! ¿Está bien, no es cierto? -gruño el salvaje-. No sería tan condenadamente bueno si pudiera recortarlo en pedazos. He manipulado a gente de su tipo mucho antes, y ellos no parecían tan bien cuando terminé con ellos. ¡Mire esto, señor Holmes!

Balanceó un enorme y nudoso bulto de un puño bajo la nariz de mi amigo. Holmes lo examinó de cerca con un aire de gran interés.

-¿Dónde nació? -preguntó- ¿O viene gradualmente? Pudo haber sido la helada frialdad de mi amigo, o pudo haber sido el ligero estrépito que hice al levantar el atizador. En cualquier caso, los modales de nuestro visitante se volvieron menos extravagantes.

- Bien, le he dado suficientes consejos - dijo-. Tengo un amigo que está interesado sobre el camino de Harrow, usted sabe a lo que me refiero, y no tiene intención de tener que interrumpir los hechos por usted. ¿Lo comprende? Usted no es la ley, y yo no soy la ley tampoco, y si usted viene estaremos a mano. No lo olvide.

- Lo he buscado por algún tiempo -dijo Holmes-. No le pregunté si quería sentarse, porque no soporto su olor. ¿Pero no es usted Steve Dixie, el matón?

- Ese es mi nombre, señor Holmes, y usted seguro conseguirá transmitirlo si me ofrece alguna insolencia.

- Es ciertamente lo último que necesita - dijo Holmes, permaneciendo frente a la abominable boca de nuestro visitante-. Usted fue el asesino del joven Perkins en las afueras de Holborn... ¡Pero qué! ¿No se va? El negro se había enfurecido, y su cara estaba dura como plomo.

- No escucharé tales comentarios -dijo-. ¿Qué tenía que hacer con este Perkins, señor Holmes? Estaba entrenando en el Bull Ring en Birmingham cuando este muchacho se metió en problemas.

- Sí, ya le contó al magistrado acerca de eso, Steve -dijo Holmes-. Lo he estado observando y a Barney Stockdale... -¡Que Dios

me ayude! Señor Holmes...

- Esto es suficiente. Salga de aquí. Lo visitaré cuando yo lo desee.

- Buenos días, señor Holmes. ¿Espero que no haya ningún rencor acerca de esta visita?

- Serán a menos que me diga quién lo envió.

- Por qué, no hay secreto acerca de ello, señor Holmes. Fue el mismo caballero que usted acaba de mencionar. -¿Y quién lo puso a él?

- No lo sé, señor Holmes. El dijo "Steve, ve a ver al Sr. Holmes, y cuéntale que su vida no será segura si va por el camino de Harrow". Esa es toda la verdad -y sin esperar por más preguntas nuestro visitante cerró la puerta de la habitación tan precipitadamente como había entrado. Holmes sacudió las cenizas de su pipa con una calmada sonrisa.

- Estoy contento de que no haya sido forzado a romper su lanuda cabeza, Watson.

Observé sus maniobras con el atizador. Pero él es realmente un amigo inofensivo, un bebé de gran musculatura, pero tonto y fanfarrón, y fácilmente acobardable, como acaba de ver. Es uno de la pandilla de Spencer John y ha tomado parte en algún sucio trabajo de última hora que resolveré cuando tenga tiempo.

Su superior principal, Barney, es una persona más astuta. Ellos se especializan en asaltos, intimidaciones y otros por el estilo. ¿Lo que quisiera saber es, quién está atrás de ellos en esta particular ocasión? -¿Pero por qué quieren intimidarlo?

- Es este caso de Harrow Weald. Esto me decide a observar el asunto, porque si alguien se toma la molestia, debe haber algo en él. - ¿Pero qué es?

- Le iba a contar cuando tuvimos este interludio cómico. Aquí está la nota de la Sra.

Maberley. Si tiene el cuidado de acompañarme nos conectaremos con ella y saldremos de inmediato.

ESTIMADO SR. SHERLOCK HOLMES -leí:-
He tenido una sucesión de extraños incidentes ocurridos en conexión con esta casa, y que valoraría su consejo. Me encontrará en casa mañana en cualquier momento. La casa está a un corto trecho de la estación Weald.

Creo que mi difunto esposo, Mortimer Maberley, fue uno de sus antiguos clientes.

Fielmente suya, MARY MABERLEY La dirección era "The Three Gables, Harrow

Weald". -¡Así que es eso! -dijo Holmes-. Y ahora, si puede disponer de tiempo, Watson, nos pondremos en camino.

Un corto viaje en tren, y un aún más corto paseo en coche, nos llevó a la casa, una quinta de maderas y ladrillos, permaneciendo en su propio acre de pastizal no desarrollado. Tres pequeñas proyecciones por encima de las ventanas superiores hacían un poco convincente intento de justificar su nombre. Detrás había un bosque de melancolía, pinos a medio crecer, y todo el aspecto del lugar era pobre y depresivo. Con todo, encontramos el lugar bien abastecido, y la señora que nos recibió fue una persona simpáticamente mayor, quien albergaba toda impresión de refinamiento y cultura.

- Recuerdo a su esposo, madame -dijo Holmes- pese a que fue hace varios años desde que usó mis servicios en un asunto trivial.

- Probablemente esté más familiarizado con el nombre de mi hijo Douglas. Holmes la observó con gran interés. - ¡Querida! ¿Es usted la madre de Douglas Maberley? Lo conocí levemente. Pero por supuesto todo Londres lo conoce. ¡Que magnífica criatura era! ¿Dónde está él ahora? - ¡Muerto, Sr. Holmes, muerto! Era un agregado en Roma, y murió de neumonía el mes pasado.

- Lo siento. Uno no podría conectar la muerte con tal hombre. Nunca he conocido a nadie tan vitalmente animado. Vivió intensamente... ¡Todas sus fibras!

- Demasiado intensamente, Sr. Holmes. Eso fue su ruina. Usted lo recordará como era... gallardo y majestuoso. No ha visto la caprichosa, malhumorada y cavilante criatura en la que se desarrolló. Su corazón se partió. En un solo mes me pareció ver a mi galante muchacho transformarse en un cínico y desgastado hombre. -¿Una aventura amorosa... una mujer?

- O un demonio. Bien, no fue para hablar de mi pobre muchacho que le pedí que viniera,

Sr. Holmes. -El Dr. Watson y yo estamos a su servicio.

- Han habido varios sucesos muy extraños. He estado en esta casa más de un año, y he deseado la ventaja de tener una vida retirada por lo que he visto poco a mis vecinos. Hace tres días recibí una llamada de un hombre que decía ser un comprador. Dijo que esta casa sería exactamente a la medida de uno de sus clientes, y que si pudiera renunciar a ella por su dinero no habría objeción. Me pareció muy extraño ya que aquí hay varias casas vacías en venta que aparecen ser igualmente elegibles, pero naturalmente estaba interesado en lo que decía. En consecuencia mencioné un precio que era quinientas libras más del que me dio. Inmediatamente cerramos la oferta, pero añadió que su cliente deseaba comprar el amueblado cuando pusiera un precio sobre él. Algunos de los muebles son de mi antiguo hogar, y son, como verá, muy buenos, por lo que le ofrecí una buena suma. A esto también estuvo de acuerdo. Siempre quise viajar, y el convenio era tan bueno que realmente parecía que debería ser mi propia dueña por el resto de mi vida... Ayer el hombre arribó con los acuerdos todos escritos. Afortunadamente se los mostré al Sr. Sutro, mi abogado, quien vive en Harrow. Me dijo: "Este es un documento extraño. ¿Está segura que si usted firma no puede legalmente retirar algo de la casa... ni siquiera sus propias posesiones privadas?" Cuando el hombre regresó en la tarde apunté hacia esto, y le dije que sólo ofrecía vender el amueblado. »No, no, todo -dijo él »¿Pero mis ropas? ¿Mis joyas? »Bien, bien, algunas concesiones pueden hacerse para sus efectos personales. Pero nada puede salir de esta casa sin ser comprobado. Mi cliente es un hombre muy liberal, pero tiene sus fruslerías y sus propias maneras de hacer las cosas. Es todo o nada con él. »Entonces será nada -dije. Y ahí terminó el asunto, pero todo el hecho me pareció ser más inusual que lo que pensaba...

Aquí se produjo una extraordinaria interrupción. Holmes levantó su mano por silencio. Entonces caminó a zancadas a través de la habitación, abrió de golpe la puerta, y arrastró

a una gran y delgada mujer quien era asida por los hombros. Ella entró con un torpe forcejeo como una enorme y torpe gallina, desgarrada, graznando, fuera de su gallinero.

-¡Suélteme! ¿Qué está haciendo? -chilló. -
¿Por qué, Susan, qué es esto?

- Bien, Señora, venía a preguntar si los visitantes iban a quedarse para el almuerzo cuando este hombre me empujó.

- La he estado escuchando por los últimos cinco minutos, pero no quise interrumpir su tan interesante narrativa. Solo un pequeño jadeo, ¿Susan eres, no? Su respiración es demasiado pesada para ese tipo de trabajo. Susan tornó en malhumorada pero asombrada la cara sobre su captor. -¿Quién es, de todos modos, y que derecho tiene para empujarme de ese modo?

- Era simplemente que deseaba preguntar en su presencia. ¿Usted, Sra. Maberley, mencionó a alguien que me iba a escribir para consultarme?

- No, Sr. Holmes, no lo hice. -¿Quién envió su carta?

- Susan lo hizo.

- Exactamente. Ahora, Susan, ¿A quién era que le escribía o envió un mensaje diciendo que su ama estaba preguntando por mi consejo?

- Es una mentira. Yo no envié ningún mensaje.

- Ahora, Susan, la gente jadeante puede no vivir mucho, usted sabe. Es una cosa inmoral decir mentiras. ¿A quién se lo contó? -
¡Susan! -gritó su ama-. Creo que eres una mala y traicionera mujer. Ahora recuerdo que la vi hablando con alguien sobre la cerca.

- Esos eran mis propios negocios -dijo la mujer malhumoradamente. -¿Suponga que le digo que era a Barney Stockdale a quién le habló? -dijo Holmes.

- Bien, si lo conoce, ¿Por qué pregunta por él?

- No estaba seguro, pero ahora lo sé. Bien ahora, Susan, valdrá diez libras si me dices quién está detrás de Barney.

- Alguien que puede fijar miles de libras por cada diez que tiene en el mundo. -
¿Entonces, es un hombre rico? No; sonrió... una mujer rica. Ahora que hemos llegado tan

lejos, puede darnos el nombre y ganarse un
tenner -Lo veré
en el infierno primero. -¡Oh, Susan! ¡Tu lenguaje!
- Me voy de aquí. Ya he tenido suficiente
de todos ustedes. Enviaré por mi caja mañana
-y se retiró por la puerta.
- Adiós, Susan. Un calmante es el mejor
remedio... ahora -continuó, tornándose repentinamente
de lívida a severa cuando la
puerta se hubo cerrado tras de la excitada y
furiosa mujer-. Esta pandilla significa negocios.
Mire cuan cerca juegan su juego. Su
carta tiene el matasellos de las 10 PM. Y con
todo Susan le comunica a Barney. Barney
tiene tiempo de ir a su empleador y obtener
instrucciones; él o ella (me inclino por lo último
de acuerdo a la ironía de Susan cuando
pensó que había cometido un error) forma un
plan. Black Steve es llamado, y soy puesta en
alerta a las once en punto de mañana. Así tan
rápido trabajan, usted sabe. -¿Pero qué es lo
que ellos quieren?-Sí, esa es la pregunta.
¿Quién tenía la casa antes que usted?-Un
Capitán de mar retirado llamado Ferguson. -
¿Algo memorable acerca de él?-Nada que
haya oído. -Me preguntó si tanto pudo enterrar
algo. Por supuesto, cuando la gente entierra
los tesoros hoy en día lo hacen en el
banco de la oficina de correos. Pero siempre
hay algunos lunáticos sobre eso. Sería un
mundo aburrido sin ellos. Primero pensé que
había enterrado algo de valor. ¿Pero por qué,
en ese caso, deberían querer su amueblado?
¿No parece tener un Rafael o un manuscrito
de Shakespeare sin saberlo?
- No, no lo creo, no tengo nada más raro
que un juego de té de Crown Derby.
- Eso duramente justificaría todo este
misterio. Excepto, ¿Por qué no deberían decir
abiertamente que es lo que quieren? Si codiciaran
su juego de té, pueden seguramente
ofrecer un precio por él sin comprar lo que
está encerrado, almacenado y puesto en barriles.
No, como yo lo leo, hay algo que usted
no sabe y que lo tiene, y que no se lo daría si
lo supiera.
- Eso es como yo lo leo -dije.
- El Dr. Watson está de acuerdo, entonces
así está establecido. -¿Bien, Sr. Holmes,
qué puede ser?

- Veamos si por el puro análisis mental podemos obtener un punto fino. Ha estado en esta casa un año.

- Casi dos.

- Aún mejor. Durante este largo período nadie quiso nada de usted. Ahora repentinamente en tres o cuatro días tiene urgentes demandas. ¿Qué deduce de ello?

- Sólo puede significar -dije- que el objeto, cualquiera que sea, sólo ha venido a esta casa.

- Es correcto una vez más -dijo Holmes-. Ahora, Sra. Maberley ¿Ha recibido un objeto recientemente?

- No, no he comprado nada nuevo este año. -¡De veras! Eso es algo notable. Bien, creo que tenemos que permitir que se desarrollen algunos asuntos hasta que tengamos datos más claros. ¿Es este abogado suyo un hombre calificado?

- El Sr. Sutro es el más calificado. -

¿Tiene usted otra criada, o era la honrada Susan, quien azotó la puerta de entrada?

- Tengo una jovencita.

- Trate y consiga que Sutro permanezca una noche o dos en la casa. Quizás posiblemente quiera protección. -¿Contra quién? -

¿Quién sabe? El asunto es ciertamente oscuro. Si no puedo encontrar quien está detrás, deberé aproximarme al asunto desde la otra punta y tratar de llegar al principal. ¿Le dio este comprador alguna dirección?

- Simplemente su tarjeta y su ocupación. "Haines-Johnson, Martillero y Tasador".

- No creo que lo encontremos en el directorio. Los hombres honestos de negocios no disimulan su lugar de negocios. Hágame saber cualquier nuevo desarrollo. He tomado su caso, y usted puede confiar en ello que veré a través de él.

Cuando atravesamos el pasillo los ojos de Holmes, que no se perdían nada, brillaron sobre varios baúles y estuches que estaban apilados en una esquina. Las etiquetas brillaron sobre él.

- "Milano", "Lucerna". Estos son de Italia.

- Son las cosas del pobre Douglas. -¿No las ha desempaqueado? ¿Hace cuanto que las tiene?

- Arribaron la semana pasada.

- Pero usted dijo... porque, seguramente este debe ser el enlace perdido. ¿Cómo sabemos que no hay nada de valor ahí?

- No puede ser posible, Sr. Holmes. El pobre Douglas sólo tenía su paga y una pequeña anualidad. ¿Qué podía tener de valor?

Holmes estaba perdido en sus pensamientos.

- No se demore más, Sra. Maberley -dijo al fin-. Llévase estas cosas arriba a su habitación. Examínelas tan pronto como sea posible y vea que contienen. Vendré mañana y oiré su reporte.

Era absolutamente evidente que The Three Gables estaba bajo una estrecha vigilancia, por lo que dimos vuelta alrededor de la alta cerca y al final de la línea estaba el negro boxeador profesional permaneciendo en las sombras. Nos acercábamos calmos cuando repentinamente, una grotesca y amenazante figura nos observó desde ese solitario lugar. Holmes golpeteó con su mano en el bolsillo. -¿Buscando su arma, señor Holmes?

- No, por mi botella de perfume, Steve. -

¿Es gracioso, señor Holmes, no lo es?

- No sería gracioso, Steve, si lo atrapara.

Le di bastantes avisos esta mañana.

- Bien, señor Holmes, he hecho caso omiso de lo que dijo, y no quiero hablar más acerca de ese asunto del señor Perkins. Suponga que si puedo ayudarlo, señor Holmes, lo haré.

- Bien, entonces, dígame quién está detrás suyo en este trabajo. -¿Qué Dios me ayude! Señor Holmes, le dije toda la verdad antes. No lo sé. Mi jefe Barney me dio órdenes y eso es todo.

- Bien, solo recuerde, Steve, que la señora en esa casa, y todo bajo ese techo, están bajo mi protección. No lo olvide.

- Está bien, señor Holmes. Lo recordaré.

- Lo tenía completamente asustado en su propia piel, Watson -remarcó Holmes cuando caminábamos-.

Creo que traicionaría a su empleador si supiera quién es. Fue afortunado que tuviera algo de conocimiento de la legión de Spencer John, y que Steve fuera uno de ellos. Ahora, Watson, hay un caso de Langdale Pike, y me voy a verlo ahora. Cuando regrese quizás pueda resolver el asunto.

No vi más de Holmes durante el día, pero bien puedo imaginar como lo pasó, porque Langdale Pike era su libro humano de referencia sobre todos los asuntos de escándalos sociales. Esta extraña y lánguida criatura pasaba sus horas de vigilia en el arco de la ventana de un club de la calle Saint James y era el recepcionista tan bien como el transmisor de todos los chismes de la metrópolis. Hizo, como se dice, un formal ingreso con los párrafos con los que contribuye todas las semanas a la basura que satisface a un público inquisitivo.

Si bien nunca ha bajado a las turbidas profundidades de la vida de Londres, si había algún extraño remolino o espiral, era señalado con automática exactitud por este dial humano sobre la superficie. Holmes discretamente ayudo a Langdale con su conocimiento, y en una ocasión fue ayudado a su vez.

Cuando me encontré con mi amigo en su habitación temprano a la mañana siguiente, era consciente desde su porte que todo estaba bien, pero nada menos que una desagradable sorpresa nos estaba esperando. Tomó la forma del siguiente telegrama: Por favor venga inmediatamente. Casa de cliente desvalijada en la noche. Policía en posesión.

SUTRO

Holmes silbó.

- El drama ha llegado a una crisis, y más rápido de lo que esperaba. Hay un gran poder de maneja detrás de este negocio, Watson, que no me sorprende después de lo que escuché.

Este Sutro, por supuesto, es su abogado. Tuve un error, me temo, en no preguntarle si quería pasar la noche de guardia. Este amigo ha claramente probado un extremo roto. Bien, no hay nada que hacer excepto otro viaje a Harrow Weald.

Encontramos a The Three Gables con un diferente establecimiento del ordenado grupo familiar del día previo. Un pequeño grupo de haraganes se habían congregado en la puerta del jardín, mientras un par de alguaciles estaban examinando las ventanas y las camas de geranios. En el interior nos encontramos con un gris caballero, quién se introdujo co-

mo el cooperativo abogado con un rubicundo y bullicioso Inspector, quien saludo a Holmes como un viejo amigo.

- Bien, Sr. Holmes, no hay chances para usted en este caso, me temo. Sólo un común y ordinario robo, y bien sin la capacidad del pobre viejo policía. No se necesita el empleo de expertos.

- Estoy seguro que el caso está en muy buenas manos -dijo Holmes-. ¿Simplemente un robo común, dijo?

- Exactamente. Conocemos bastante bien quienes son los hombres y donde encontrarlos. Es la banda de Barney Stockdale, con el gran moreno en él... han sido vistos por los alrededores. -¡Excelente! ¿Qué tomaron?

- Bien, parece que no han tomado mucho. La Sra. Maberley fue cloroformizada y la casa fue... ¡Ah! Aquí está la señora.

Nuestra amiga de ayer, mostrándose muy pálida y enferma, había entrado en la habitación, inclinada sobre una pequeña doncella.

- Me dio un buen consejo, Sr. Holmes - dijo ella, sonriendo tristemente-. ¡Que pena, no le hice caso! No deseaba molestar al Sr. Sutro, y entonces estaba desprotegida.

- Solamente oí de ello esta mañana - explicó el abogado.

- El Sr. Holmes me aconsejó de tener algunos amigos en la casa. Rechacé su consejo, y ahora tengo que pagar por ello.

- Se ve paupérrimamente enferma -dijo Holmes-. Quizás pueda escasamente igual decirnos lo que ocurrió.

- Está todo aquí -dijo el Inspector, golpeando una abultada agenda.

- Aún... si la señora no está demasiado exhausta...

- En realidad hay poco para decir. No tengo duda de que esa traicionera Susan había planeado una entrada para ellos. Deben conocer la casa pulgada por pulgada. Fui consciente por un momento de la esponja de cloroformo que fue puesta sobre mi boca, pero no tengo noción por cuanto tiempo estuve sin sentido.

Cuando me levanté, un hombre estaba en la cabecera de la cama y otro estaba levantándose con un fardo en su mano de entre el equipaje de mi hijo, el cual estaba parcialmente

abierto y tirado sobre el piso. Antes de que pudieran alejarse salté y lo agarré.
- Tomó un gran riesgo -dijo el Inspector.
- Me le pegué encima, pero me sacudió, y el otro quizás me golpeó, porque no puedo recordar nada más.

Mary la criada oyó el ruido y comenzó a gritar por la ventana. Eso atrajo a la policía pero los malvivientes se habían alejado. -

¿Que fue lo que tomaron?

- Bien, no creo que algo de valor se haya perdido. Estoy segura que no había nada en el baúl de mi hijo. -¿No dejaron ninguna pista los hombres?

- Había solamente una hoja de papel que pude haber desgarrado del hombre del que me aferré. Estaba echado todo estrujado sobre el piso. Tenía la escritura de mi hijo.

- Lo que significa que no es de mucho uso -dijo el Inspector-. Ahora si ha estado en el robo...

- Exactamente -dijo Holmes-. ¡Que fuerte sentido común! Nada menos, sería curioso si puedo verlo.

El Inspector extrajo una hoja doblada de un pliego de papel de su libreta de notas.

- Nunca paso nada, a menos que sea algo trivial -dijo con algo de pompa-. Ese es mi consejo, Sr.

Holmes. En veinticinco años de experiencia he aprendido mi lección. Siempre está la chance de encontrar huellas o algo.

Holmes inspeccionó la hoja de papel. -

¿Qué piensa de esto, Inspector?

- Parece ser el final de alguna extraña novela, hasta donde puedo ver.

- Puede ciertamente probar ser el final de un extraño cuento -dijo Holmes-. Ha notado el número en el tope de la página. Es el doscientos cuarenta y cinco. ¿Dónde están las singulares doscientas cuarenta y cuatro páginas restantes?

- Bien, supongo que los ladrones tienen esas. ¡Sería demasiado bien para ellos!

- Parece un extraño hecho irrumpir en una casa en orden para hurtar tales papeles.

¿No le sugiere nada a usted, Inspector?

- Sí, señor, sugiere que en su apuro los malvivientes tomaron lo primero que tenían a mano. Les desearía la mayor alegría por lo

que consiguieron. -¿Por qué deberían ir a las cosas de mi hijo? -preguntó la Sra. Maberley.

- Bien, ellos no encontraron nada de valor en la planta baja, así que intentaron suerte en el primer piso. Así es como yo lo leo.

¿Qué piensa usted, Sr. Holmes?

- Debo pensarlo, Inspector. Venga conmigo a la ventana, Watson.

Entonces, mientras permanecíamos juntos, leyó un fragmento del papel. Comenzó en el medio de una frase y decía algo como esto: "...su cara sangraba considerablemente de los cortes y porrazos, pero no era nada comparado con el sangrado de su corazón mientras veía esa adorable cara, la cara por la que había estado preparado para sacrificar su vida, prestando atención a su agonía y humillación. Ella sonrió... ¡Sí, por el Cielo! Ella sonrió, como el despiadado demonio que era, mientras la miraba. Fue en ese momento que el amor murió y el odio nació. El hombre debe vivir por algo. Si no es por tu contención, mi señora, entonces será seguramente por tu destrucción y mi completa venganza." - ¡Extraña gramática! -dijo Holmes con una sonrisa mientras le entregaba en mano el papel de regreso al Inspector-. ¿Notó como el "él" cambió repentinamente a "mí"? El escritor estaba tan compenetrado con su propia historia que se imaginó a sí mismo en el momento supremo del héroe.

- Me parece poderosamente poca cosa - dijo el Inspector mientras lo reponía en su libro- ¡Qué! ¿Se va, Sr. Holmes?

- No creo que haya algo más para mí que hacer ahora que el caso está en sus calificadas manos. Por cierto, Sra. Maberley, ¿Usted dijo que desearía viajar?

- Siempre ha sido mi sueño, Sr. Holmes.

-¿Adónde le gustaría ir... El Cairo, Madeira, el Riviera?

- Oh, si tuviera dinero iría alrededor del mundo.

- Exactamente. Alrededor del mundo.

Bien, buenos días. Le enviaré algunos renglones en la tarde.

Cuando pasamos la ventana vi al avanzar la sonrisa del Inspector y el sacudón de cabeza.

"Estos astutos tipos siempre tienen un toque de locura". Eso fue lo que leí en la sonrisa

del Inspector.

- Ahora, Watson, estamos en la última vuelta de nuestro pequeño viaje -dijo Holmes cuando regresábamos por el bullicio del centro de Londres una vez más-. Creo que tendremos más claro el asunto inmediatamente, y sería bueno si puede acompañarme, porque es seguro tener un testigo cuando se está confrontándose con una señora tal como Isadora Klein.

Tomamos un taxi y salimos acelerados hacia alguna dirección en Grosvenor Square. Holmes había estado compenetrado con sus pensamientos, pero se avivó repentinamente.

- A propósito, Watson, ¿Supongo que lo ve todo claramente?

- No, no puedo decir eso. Solamente puedo deducir que estamos yendo a ver a la señora que está detrás de estas acciones. -
¡Exactamente! ¿Pero el nombre de Isadora Klein no lo conduce a nada? Ella era, por supuesto, la belleza celebrada. Nunca hubo una mujer que se compare. Ella es puramente española, la sangre real de los magistrales conquistadores, y sus gentes han sido los líderes en Pernambuco por generaciones. Se casó con el anciano rey del azúcar alemán, Klein, y actualmente es la más rica como bien la más amada viuda sobre la tierra. Entonces hubo un intervalo de aventuras donde ella se rindió a sus propios gustos. Tenía varios amantes, y Douglas Maberley, uno de los más notables hombres en Londres, fue uno de ellos. Fue por todas cuentas más que una aventura con él. No era una mariposa de la sociedad pero un fuerte y orgulloso hombre que daba y esperaba todo. Pero ella es la "belle dame sans merci" de la ficción (NdT: bella dama desgraciada). Cuando su capricho estaba satisfecho el asunto se terminaba, y la otra parte en el asunto si no podía tomar para si sus palabras ella sabía como devolverlos a sus casas.

- Entonces esa fue su propia historia... -

¡Ah! Está juntando las piezas. He oído que ella está por casarse con el joven Duque de Lomond, quien podría ser su hijo. Su madre Grace puede pasar por alto la edad, pero un gran escándalo sería un hecho diferente, así que es imperativo... ¡Ah! Aquí estamos.

Era una de las más finas casas esquineras de West End. Un lacayo al estilo máquina tomó nuestras tarjetas y regresó con la palabra de que la señora no estaba en casa.

- Entonces esperaremos hasta que regrese -dijo Holmes festivamente.

La máquina se rompió.

- Que no esté en casa significa que no está para usted -dijo el lacayo.

- Bien -respondió Holmes-. Eso significa que no tendremos que esperar. Déle amablemente esta nota a su ama.

Garabateó tres o cuatro palabras sobre una hoja de su agenda, la dobló y se la entregó en mano al hombre. -¿Qué decía, Holmes? -pregunté.

- Simplemente escribí: "¿Debería ser la policía, entonces?". Creo que eso debería permitirnos entrar.

Lo hizo... con increíble celeridad. Un minuto después estábamos en un cuarto al estilo de las Noches de Arabia, vasto y maravilloso, con una oscuridad a medias, seleccionada con una ocasional luz eléctrica rosa.

La señora había llegado, lo sentía, a ese tiempo de la vida cuando incluso la más soberbia belleza encuentra a la media luz mejor bienvenida. Se levantó del sofá cuando entramos: alta, majestuosa, una figura perfecta, una hermosa cara como si fuera una máscara, con dos maravillosos ojos españoles que parecían asesinarnos a ambos. -¿Qué es esta intrusión... y este insultante mensaje? -preguntó, sosteniendo el pliego de papel.

- No necesita explicación, madame. Tengo demasiado respeto por su inteligencia para hacerlo... sin embargo debo confesar que la inteligencia ha sido sorprendentemente defecto de tardanza. -¿Cómo es eso, señor?

- Suponiendo que sus intimidantes empleados pudieron asustarme por mi trabajo.

Seguramente ningún hombre se ocuparía de mi profesión si no fuera que el peligro lo atrae. Fue usted, entonces, quien me forzó a examinar el caso del joven Maberley.

- No tengo idea de lo que está diciendo.

¿Qué tengo que ver con intimidantes empleados? Holmes se alejó cansadamente.

- Sí, he sobrestimado su inteligencia.

¡Bien, buenas tardes! -¡Deténgase! ¿A dónde

va?

- A Scotland Yard.

Estábamos a medio camino de la puerta antes de que nos alcanzara y sostuviera su brazo. Se tornó en un momento del acero al terciopelo.

- Venga y siéntese, caballero. Hablemos sobre este asunto. Siento que debo ser franca con usted, Sr.

Holmes. Tiene los sentimientos de un caballero. Cuán rápido el instinto de mujer es buscarlos. Lo trataré como a un amigo.

- No puedo prometer el recíproco, madame. No soy la ley, pero represento a la justicia tanto como mis débiles poderes lo permitan. Estoy listo para oír, y entonces le diré como actuaré.

- No hay dudas de que fui una estúpida al amenazar a un valiente hombre como usted.

- Lo que fue realmente estúpido, madame, es que se ha puesto en el poder de una banda de malvivientes, quienes pueden extorsionarla o dejarla. -¡No, no! No soy tan simple. Puesto que prometí ser franca, debo decir que ninguno, excepto Barney Stockdale y Susan, su esposa, tiene la menor idea de quién es su empleador. Para ellos, bien, no es el primero... -ella sonrió y cabeceo con un encantador e íntimo coqueteo.

- Ya veo. Lo ha testeado antes.

- Son buenos sabuesos quienes corren en silencio.

- Tales sabuesos tienden tarde o temprano a morder la mano que los alimenta. Serán arrestados por este robo. La policía ya está detrás de ellos.

- Ellos tendrán lo que les corresponda.

Eso es por lo que pagaron. Yo no debo aparecer en el asunto.

- A menos que la inserte en él.

- No, no, no debería. Usted es un caballero. Es un secreto de mujer.

- En primer lugar, debería devolver el manuscrito.

Ella rompió en una ondulación de risa y caminó a la chimenea. Allí había una masa calcinada que se rompió con el atizador. -

¿Debería devolver esto? -preguntó. Tan picaresca y exquisita parecía cuando se paró frente a nosotros con una sonrisa desafiante

que sentí que de todos los criminales de Holmes era la única que había sido difícil de enfrentarse.

De cualquier manera, él estaba inmune a los sentimientos.

- Ello sella su destino -dijo fríamente-.

Está muy compenetrada en sus acciones, madame, pero se ha sobrepasado en esta ocasión.

Ella tiró el atizador estrepitosamente. -

¡Cuán duro es! -gritó- ¿Debería contarle toda la historia?

- Me imagino que yo podría contársela.

- Pero usted debe mirarla con mis ojos,

Sr. Holmes. Debe darse cuenta desde el punto de vista de una mujer quien ve toda la ambición de su vida sobre la ruina en el último momento. ¿Es tal que una mujer sea inculpada si se protege a si misma?

- El pecado original era suyo. -¡Sí, sí! Lo admito. Era un muchacho querido, Douglas, pero era tan arriesgado que pudiera no encajar en mis planes. El quería matrimonio... matrimonio, Sr. Holmes... con un vulgar sin dinero.

Nada menos le hubiera servido. Entonces se volvió pertinaz. Porque lo que le di le hizo pensar que aun debía darle, y a él solamente. Era intolerable. Al final tuve que hacerle darse cuenta.

- Empleando rufianes para pegarle bajo su propia ventana.

- Parece ciertamente conocer todo. Bien, es verdad. Barney y los muchachos lo condujeron, y era, lo admito, un poco grosero

hacerlo. ¿Pero que fue lo que hizo entonces?

¿Podría creer que un caballero haría de tal un acto? Escribió un libro en el cual describía su propia historia. Yo, por supuesto, era el lobo; él la oveja. Estaba todo ahí, bajo diferentes nombres, por supuesto; ¿Pero quién en todo Londres podría equivocarse en reconocerlo? ¿Qué opina de ello, Sr. Holmes?

- Bien, estaba dentro de sus derechos.

- Era como si el aire de Italia hubiera entrado en su sangre y hubiera traído con él el viejo espíritu de crueldad italiano. Me escribió y envió una copia de su libro que debía tener la tortura de la anticipación.

Habían dos copias, dijo... una para mí, una para su editor. -¿Cómo sabe que el editor no lo ha comprendido?

- Sabía quien era su editor. No es su única novela, usted sabe. Descubrí que no había oído nada desde Italia.

Entonces vino la repentina muerte de Douglas. Mientras tanto como que los otros manuscritos estuvieran en el mundo no habría seguridad para mí. Por supuesto, debía estar entre sus efectos, y esos deberían ser regresados a su madre. Puse toda la banda a trabajar. Uno de ellos entró en la casa como sirviente. Quería hacer las cosas honestamente. Real y verdaderamente lo hice. Estaba lista para comprar la casa y todo en ella. Ofrecí cualquier precio que ella pidiera. Solamente intente el otro método cuando todo lo demás había fallado. Ahora, Sr. Holmes, concediendo que fuera demasiado duro para Douglas... ¡Y Dios sabe, me arrepiento de ello! ¿Qué más puedo hacer con todo mi futuro comprometido?

Sherlock Holmes arrugó sus hombros.

- Bien, bien -dijo- supongo que deberé compensar una felonía como usualmente. ¿Cuánto costaría viajar alrededor del mundo en primera clase?

La señora fijo sus ojos con asombro. -

¿Podría ser hecho con cinco mil libras? -¡Bien, se podría pensar eso, ciertamente!

- Muy bien. Pienso que debería firmarme un cheque por esa cantidad, y veré que llegue a la Sra. Maberley.

Su deuda es darle un pequeño cambio de aire. Mientras tanto, señora -agitando un dedo índice de precaución- ¡Tenga cuidado!

¡Tenga cuidado! No puede jugar con herramientas filosas para siempre sin cortarse esas delicadas manos.

El Vampiro de Sussex Holmes acabó de leer cuidadosamente una nota que le había llegado en el último reparto de correo. Luego, con una risita contenida, que era en él lo más cercano a la risa, me la tendió. -Como ejemplo de mezcla de lo moderno y lo medieval, de lo práctico y lo demencialmente fantástico, creo que éste debe ser indudablemente el límite -dijo-. ¿Qué le parece, Watson? Léa lo que sigue: 46 Old Jewry 19 de noviembre.

Asunto: Vampiros.

Señor: nuestro cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson Muirhead, mayorista

de té, de Mincing Lane, nos ha dirigido una consulta con fecha de la presente en relación a los vampiros. Dado que nuestra firma está enteramente especializada en impuestos de maquinaria, el asunto difícilmente queda dentro de nuestra esfera de actividades, y, en consecuencia, hemos recomendado al señor Ferguson que le visite a usted y le exponga el caso. No nos hemos olvidado del éxito de su intervención en el caso Matilda Briggs.

Somos, señor, de usted muy atentamente,
Morrison, Morrison y Dodd. E.J.C.

- Matilda Briggs no era el nombre de ninguna joven, Watson -dijo Holmes, en tono reminiscente-. Era un buque relacionado con la rata gigante de Sumatra. Es una historia que el mundo no está todavía preparado para oír. Pero, ¿qué sabemos de vampiros? ¿Entra eso en nuestra esfera de actividades? Cualquiera cosa es mejor que la inactividad, pero lo cierto es que parece como si nos hubieran trasladado a un cuento fantástico de los hermanos Grimm. Extienda el brazo, Watson, y veamos qué nos cuenta la V. Me eché hacia atrás y tomé el enorme fichero al que Holmes había aludido. Lo sostuvo sobre las rodillas, y su mirada fue pasando, lenta y amorosamente, por el registro donde los viejos casos se mezclaban con la información acumulada a lo largo de su vida. -Viaje del Gloria Scott -leyó-. Fue un feo asunto. Me parece recordar que usted lo puso por escrito, Watson, aunque no puedo felicitarle por el resultado. Victor Lynch, el falsificador. Veneno... lagarto venenoso, o gila. Un caso notable, ése. Vittoria, la bella del circo. Vanderbilt y el ladrón ambulante. Víboras. Victor, el asombro de Hammersmith. ¡Vaya, vaya! ¡Querido viejo índice! Nada se le escapa.

Escuche esto, Watson: Vampirismo en Hungría. Y también: Vampiros en Transilvania. Recorrió impacientemente las páginas con la mirada, pero al cabo de una breve lectura ensimismada dejó a un lado el enorme registro con un gruñido de decepción. - ¡Basura, Watson! ¡Basura! ¿Qué tenemos nosotros que ver con cadáveres andarines que sólo se quedan en sus tumbas si se les clava una estaca en el corazón? Es pura chifladura. -Pero, indudablemente -dije yo-, el

vampiro no es necesariamente un muerto.
Una persona viva podría tener la costumbre.
He leído algo, por ejemplo, de viejos que
chupaban la sangre de jóvenes para apoderarse
de su juventud. -Tiene usted razón,
Watson. En una de esas referencias se menciona
esta leyenda. Pero, ¿vamos a prestar
seriamente atención a esta clase de cosas?
Esta agencia pisa fuertemente el suelo, y así
debe seguir. El mundo es suficientemente
ancho para nosotros. No necesitamos fantasmas.
Metemo que no podemos tomarnos
al señor Robert Ferguson demasiado en serio.
Quizá esta nota sea suya, y pueda arrojar
alguna luz sobre lo que le preocupa. Tomó
una segunda carta que había permanecido
olvidada sobre la mesa mientras había estado
absorto en la primera. Empezó a leerla con
una sonrisa divertida en el rostro, pero esa
expresión se fue mutando en otra de intenso
interés y concentración. Cuando terminó,
permaneció algún rato perdido en meditaciones,
jugueteadando con la carta entre los dedos.
Finalmente, se despertó sobresaltado de
su ensueño. -Mansión Cheeseman, Lamberley.
¿Dónde está Lamberley?-Está en Sussex,
al sur de Horsham.-No muy lejos, ¿eh? ¿Y la
mansión Cheeseman?-Conozco esa zona,
Holmes. Está llena de viejas casas que llevan
los nombres de los hombres que las construyeron
hace siglos. Tiene usted las mansiones
Odley, y Harvey, y Carriton... A la gente se la
ha olvidado, pero sus hombres viven en sus
casas.

- Precisamente -dijo Holmes, fríamente.
Era una de las peculiaridades de su modo de
ser, orgulloso y reservado, el que, si bien
almacenaba muy rápida y cuidadosamente en
el cerebro toda nueva información, raras veces
daba muestras de agradecimiento a aquel
que se la hubiera proporcionado-. Estoy por
afirmar que sabremos muchas más cosas de
la mansión Cheeseman, en Lamberley, antes
de haber terminado con esto. La carta es, tal
como esperaba, de Robert Ferguson. A propósito,
dice que le conoce a usted. -¿Que me
conoce?-Mejor lea la carta. Me tendió la carta.
Llevaba el encabezamiento citado. Decía
así:

Querido mister Holmes: me ha sido usted

recomendado por mis abogados, pero, a decir verdad, el asunto es tan extraordinariamente delicado que resulta sumamente difícil hablar de él. Conciérne a un amigo mío en cuyo nombre actúo. Este caballero se casó hará como cinco años con una dama peruana, hija de un negociante peruano al que había conocido en relación con la importancia de nitratos. La dama era muy hermosa, pero su cuna extranjera y su distinta religión determinaron siempre una separación de intereses y de sentimientos entre marido y mujer, de modo que, al cabo de un tiempo, el amor de mi amigo hacia ella pudo enfriarse, y pudo considerar aquel matrimonio como un error. Sentía que había aspectos del modo de ser de su mujer que nunca podría explorar ni entender. Esto era tanto más penoso cuanto que ella era la esposa más amante que hombre pueda desear, y, según toda apariencia, absolutamente leal.

Ahora vayamos al punto que le expondré más claramente cuando hablemos. Lo cierto es que esta nota pretende solamente darle una idea general de la situación y averiguar si está usted dispuesto a intervenir en el asunto. La dama empezó a mostrar ciertos rasgos extraños, totalmente ajenos a su carácter habitual, que es dulce y apacible. El hombre había estado ya casado, y tenía un hijo de su primera mujer. El muchacho tenía quince años, y era un chico muy simpático y afectuoso, aunque desdichadamente lisiado a consecuencia de un accidente en su infancia. En dos ocasiones se sorprendió a la mujer en el momento de atacar al pobre muchacho, sin la menor provocación por parte de éste. Una de las veces le golpeó con un bastón, causándole un gran moretón en el brazo.

Eso no fue nada, sin embargo, si se compara con su conducta con su propio hijo, un niño que aún no ha cumplido el año. En cierta ocasión, hace cosa de un mes, este niño había sido dejado solo por su aya durante unos pocos minutos. Un fuerte grito del niño, como de dolor, hizo volver al aya. Cuando ésta entró corriendo en la habitación, vio a su ama, la señora de la casa, inclinada sobre el niño y, aparentemente mordiéndole en el cuello. El niño tenía en el cuello una

pequeña herida por la que salía un hilillo de sangre.

El aya quedó tan horrorizada que quiso llamar al marido, pero la dama le imploró que no lo hiciera, e incluso le dio cinco libras como precio de su silencio. No dio ninguna explicación, y de momento, no se habló más del asunto.

Aquello dejó, sin embargo, una impresión terrible en el aya, y, desde entonces, vigiló estrechamente a su ama, y montó una guardia más cuidadosa sobre el niño, al que quería tiernamente. Le pareció que, del mismo modo que ella vigilaba a la madre, la madre la vigilaba a ella, y que, cada vez que se veía obligada a dejar solo al niño, la madre esperaba llegar hasta él. El aya guardó al niño día y noche, y día y noche la silenciosa madre vigilante parecía estar al acecho como el lobo acecha al cordero. Esto le parecerá increíble, y, sin embargo, le ruego que se lo tome con toda seriedad, porque la vida de un niño y la cordura de un hombre puede depender de ello.

Finalmente llegó el día tremendo en que los hechos no pudieron seguir siendo ocultados al marido. Los nervios del aya no resistieron; no podía seguir soportando la tensión, y se lo contó todo al hombre. A él le pareció aquello una historia tan descabellada como ahora puede parecérselo a usted. Sabía que la suya era una esposa amante, y, salvo por los ataques contra su hijastro, una madre amante. ¿Cómo, entonces, era posible que hubiera herido a su querido niño? Le dijo al aya que estaba disparatando, que sus sospechas eran las de una demente, y que no podían tolerarse semejantes infundios contra la señora. Mientras hablaban, se oyó un grito de dolor. Aya y amo se abalanzaron juntos hacia el cuarto del niño. Imagínese sus sentimientos, señor Holmes, cuando vio a su mujer levantarse de la posición de arrodillada, junto a la cuna, y vio sangre en el cuello al descubierto del niño y sobre la sábana. Profiriendo un grito de horror, volvió hacia la luz el rostro de su mujer y le vio sangre alrededor de los labios. Era ella, ella, más allá de toda duda, la que había bebido sangre del pobre niño. Así está la cosa. La mujer está ahora

confinada en su habitación. No ha habido explicaciones. El marido está medio enloquecido. El sabe, como yo, muy poco de vampirismo, aparte del nombre. Habíamos pensado que era algún cuento fantástico de tierras lejanas. Y, sin embargo, aquí, en Inglaterra, en el corazón mismo de Sussex... Bueno, todo esto podríamos discutirlo mañana por la mañana. ¿Acepta usted recibirme? ¿Querrá emplear sus notables talentos en ayudar a un hombre aturdido? Si es así, tenga la amabilidad de cablegrafiar a Ferguson, Mansión Cheeseman, Lamberley, y estaré en sus habitaciones a las diez.

Sinceramente suyo,
Robert Ferguson.

P.S.-Creo que su amigo Watson jugaba al rugby en el equipo de Blackheath cuando yo era tres cuartos en el de Richmond. Es la única referencia de orden personal que puedo darle.

- Claro que lo recuerdo -dije, dejando la carta-. El grandullón Bob Ferguson, el mejor tres cuartos que nunca tuvo Richmond. Fue siempre un tipo excelente. Es muy suyo el preocuparse por el problema de un amigo. Holmes me miró pensativamente y meneó la cabeza. -Watson, jamás lograré alcanzar sus fronteras -dijo-.

Hay en usted posibilidades inexploradas. Haga el favor de enviar un cable, como un buen chico: «Estudiaré su caso gustosamente.» -¡Su caso! -No debemos permitir que piense que esta agencia es un asilo de retrasados mentales. Claro que es su caso. Envíele el cable y olvídese del asunto hasta mañana.

La mañana siguiente, puntualmente a las diez, Ferguson entraba en nuestra salita. Yo le recordaba como un hombre alto y flaco, de miembros sueltos, con una veloz carrera que le había permitido burlar a muchos defensas contrarios. Creo que no hay cosa más penosa que encontrarse con los restos naufragados de un atleta que se ha conocido en su plenitud. Su fuerte estructura estaba abatida, su pelo rubio era ralo, y estaba cargado de hombros. Temí suscitar en él impresiones correlativas. -Hola, Watson -dijo; y su voz seguía siendo grave y cordial-. No tiene usted

exactamente el mismo aspecto del hombre al que yo tiré por encima de las cuerdas en Old Deer Park. Supongo que yo también debo estar un tanto cambiado. Pero han sido estos últimos uno o dos días los que me han envejecido. He visto por su telegrama, señor Holmes, que es inútil que me presente como emisario de otra persona. -Es más fácil el trato directo -Desde luego. Pero puede usted suponer lo difícil que resulta hablar así de la mujer que uno está obligado a proteger y ayudar. ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo voy a acudir a la policía con semejante historia? Pero hay que proteger a los niños. ¿Es que está loca, señor Holmes? ¿Llevará esto en la sangre? ¿Ha conocido usted algún caso parecido en su carrera? Por el amor de Dios, deme algún consejo, porque ya no doy más de mí. -Es muy natural, señor Ferguson. Ahora siéntese y cálmese, y deme algunas respuestas claras. Puedo asegurarle que yo sí puedo dar muchísimo más de mí, y que confío en encontrar alguna solución. Ante todo, dígame qué pasos ha dado. ¿Sigue su mujer cerca de los niños? -Tuvimos una escena terrible. Es una mujer amantísima, señor Holmes. Si alguna vez una mujer ha amado a su marido en cuerpo y alma, ésa es ella. Le partió el corazón el que yo hubiera descubierto ese secreto, ese horrible e increíble secreto. Ni siquiera dijo nada. No dio a mis reproches otra respuesta que una expresión como enloquecida y desesperada en sus ojos al mirarme, luego se fue corriendo a su habitación y se encerró en ella. Desde entonces se ha negado a verme. Tiene una doncella llamada Dolores que ya estaba a su servicio antes de que se casara... Es una amiga más que una criada. Le lleva la comida. -Entonces, ¿el niño no está en peligro inmediato? -La señora Mason, el aya, ha jurado que no le dejará ni de día ni de noche. Puedo confiar por entero en ella. Más que por él estoy inquieto por el pobrecito Jack, porque tal como le dije en mi nota, ha sido atacado por ella dos veces. - ¿Pero sin sufrir heridas? -No. Le golpeó salvajemente. Es una cosa todavía más terrible si se tiene en cuenta que es un pobre inválido inofensivo -las duras facciones de Ferguson se dulcificaron al hablar de su chico-. Uno

pensaría que la condición del muchacho ablandaría el corazón de cualquiera. Una caída en la niñez y la columna vertebral deformada, señor Holmes. Pero, por dentro, el más dulce y afectuoso de los corazones. Holmes había tomado la carta del día anterior y la estaba releendo. -¿Qué otros ocupantes tiene su casa, señor Ferguson? -Dos criados que no hace mucho que están a nuestro servicio. Un mozo de cuerdas, Michael, que duerme en la casa. Mi mujer, yo mismo, mi chico Jack, el pequeño, Dolores y la señora Mason. Eso es todo. -Conjeturo que no conocía usted bien a su esposa en la época de su matrimonio. -Hacía sólo unas pocas semanas que la conocía. -¿Cuánto tiempo ha estado con ella la doncella Dolores? -Algunos años. -Entonces, ¿Dolores debe conocer mejor que usted el carácter de su mujer? -Sí, podría decirse que sí. Holmes anotó algo. - Imagino -dijo- que puedo ser más útil en Lamberley que aquí. Es eminentemente un caso de investigación personal. Si la dama permanece en su habitación, nuestra presencia no puede irritarla ni incomodarla. Naturalmente, nos alojaremos en la posada. Ferguson tuvo un gesto de alivio. -Esto es lo que yo esperaba, señor Holmes. Hay un tren excelente que sale a las dos de la estación Victoria, si puede venir. -Claro que iremos. Ahora tenemos un bache de trabajo. Puedo concederle indivisamente mis energías. Naturalmente, Watson nos acompaña. Pero hay uno o dos puntos de los que quisiera estar seguro antes de partir. Esa desdichada dama, tal como lo entiendo, ha atacado, aparentemente, a ambos niños: a su propio hijo y al del primer matrimonio de usted. -Así es. -Pero estos ataques toman formas diferentes, ¿no es cierto? Golpeó a su hijastro. -Una vez con un bastón, y otra muy salvajemente con las manos. -¿No dio ninguna explicación de porqué le golpeaba? -Ninguna, salvo que le odiaba. Una y otra vez dijo esto. -Bueno, no se desconoce esto en las madrastras. Celos póstumos, por decirlo de algún modo. ¿Escelosa la dama por naturaleza? -Sí, es muy celosa... Es celosa con toda la fuerza de su vehemente amor tropical. -Pero el muchacho...

Tiene quince años, creo haber entendido, y probablemente estará muy desarrollado mentalmente, puesto que su cuerpo está tan limitado en la acción. ¿No dio él ninguna explicación de esos ataques? -No. Declaró que no había ninguna razón para ellos. - ¿Hicieron buenas migas en otro tiempos?-No; nunca hubo amor entre ellos.

- Y, sin embargo, dice usted que es un chico muy afectuoso. -En todo el mundo no puede haber otro hijo tan ferviente. Mi vida es su vida. Está absorto en todo lo que digo y hago. Holmes anotó nuevamente algo. Permaneció un rato perdido en sus pensamientos.

-Sin duda, usted y su hijo eran grandes camaradas antes de este segundo matrimonio. Estaban muy cerca el uno del otro, ¿no es cierto?-Sí, muy cierto. -Y el chico, siendo tan afectuoso de naturaleza, estaría muy apegado, sin duda, a la memoria de su madre. -Sí, mucho.

- Parece ser, desde luego, un interesantísimo muchacho. Otro punto acerca de esos ataques. ¿Los extraños ataques contra el niño pequeño, y las agresiones contra su hijo, se produjeron en los mismos períodos?-En el primer caso, así fue. Fue como si se hubiera adueñado de ella una especie de frenesí, y hubiera descargado su furia contra ambos. En el segundo caso Jack fue la única víctima. La señora Mason no tenía quejas en torno al niño. -Eso, ciertamente, complica las cosas. - No acabo de seguirle, señor Holmes. - Probablemente no. Uno se forma teorías provisionales, y espera a que el tiempo o nuevos conocimientos las desbaraten.

Una mala costumbre, señor Ferguson, pero el hombre es débil. Me temo que su viejo amigo, aquí presente, haya dado una visión exagerada de mis métodos científicos.

Sin embargo, en el punto en que estamos, me limitaré a decir que su problema no me parece insoluble, y que puede contar con que estaremos en la estación Victoria a las dos.

Era ya entrada la tarde de un triste y brumoso día de noviembre cuando, tras dejar el equipaje en la posada Chequers, de Lamberley, viajamos en coche por un largo y serpenteante camino arcilloso de Sussex, y llegamos finalmente a la vieja casa de campo aislada

en que vivía Ferguson.

Era un edificio grande y complicado, muy antiguo en su parte central, muy nuevo en las alas, con altas chimeneas estilo Tudor y un techo picado de lajas de Horsham cubiertas de liquen. Los peldaños de la entrada estaban redondeados por el desgaste, y los viejos azulejos que adornaban el pórtico tenían el emblema de un queso y un hombre, en honor al constructor original (1). En el interior, los techos estaban estriados por macizas vigas de roble, y los suelos irregulares se combaban en pronunciadas curvas.

Un olor a cosa vieja y enmohecida invadía todo aquel vetusto edificio.

Había una gran sala central, y a ella nos condujo Ferguson. Allí, en una gran chimenea anticuada cuyo manto de hierro llevaba inscrita la fecha 1670, brillaba y chisporroteaba un espléndido fuego de troncos.

Mirando a mi alrededor, vi que la habitación era una singularísima mezcla de fechas y sitios. Las paredes medio artesonadas podían muy bien haber pertenecido al caballero campesino del siglo diecisiete. Estaban ornamentadas, sin embargo, en la parte inferior por una línea de acuarelas modernas elegidas con gusto, mientras que en la parte superior, donde un yeso amarillento ocupaba el lugar del roble, colgaba una hermosa colección de utensilios y armas sudamericanos, que se había traído sin duda consigo la dama peruana que estaba en el piso de arriba. Holmes se puso en pie, con esa pronta curiosidad que surgía de su impaciente cerebro, y la examinó con bastante atención. Volvió con mirada pensativa. -¡Vaya! -exclamó- ¡Vaya! Un spaniel, que había permanecido en una cesta en un rincón, se echó a andar lentamente hacia su amo, avanzando con dificultad. Sus patas traseras se movían irregularmente, y la cola le arrastraba por el suelo.

Lamió la mano de Ferguson. -¿Qué ocurre, señor Holmes?-El perro. ¿Qué le ocurre?- Eso quisiera saber el veterinario. Una especie de parálisis. Meningitis espinal, pensó él. Pero se le va pasando. Pronto estará bien... ¿no es verdad, Carlo? Un temblor de asentimiento recorrió la cola flácida. Los ojos tristes del animal nos miraron a todos sucesivamente.

Sabia que estábamos hablando de su caso. -
¿Le vino de repente?-En una sola noche. -
¿Cuánto tiempo hace? -Puede que cuatro meses.
-Muy notable. Muy sugerente. -¿Qué ve
usted en ello, señor Holmes?-Una confirmación
de lo que ya pensaba. -Por el amor de
Dios, ¿qué piensa usted, señor Holmes?
¿Puede que para usted sea un simple ejercicio
intelectual, pero para mí es la vida o la muerte!
¿Mi mujer una asesina frustrada! ¿Mi hijo
en constante peligro! No juegue conmigo,
señor Holmes. Esto es terriblemente serio,
demasiado serio. El grandullón tres cuartos
de rugby temblaba de pies a cabeza.
Holmes le puso la mano en el hombro, tranquilizadamente.
-Me temo que la solución,
señor Ferguson, sea cual sea, le reserva un
dolor -dijo-. Se lo atenuaré todo lo que pueda.
Por el momento no puedo decir más, pero
espero tener algo definitivo antes de salir de
esta casa. -¿Dios quiera que así sea! Si ustedes
me disculpan, caballeros, subiré a la
habitación de mi mujer, y veré si se ha producido
algún cambio. Estuvo ausente algunos
minutos, durante los cuales Holmes reanudó
su examen de los objetos curiosos de la pared.
Cuando nuestro anfitrión volvió, estaba
claro, por su expresión abatida, que no había
hecho ningún progreso. Le acompañaba una
joven, alta, esbelta, de tez morena. -El té
está listo, Dolores -dijo Ferguson-. Cuídese
de que su ama tenga todo lo que desee.
- Está muy mala -exclamó la muchacha,
mirando a su amo con ojos indignados-. No
pide comida. Está muy mala. Necesita un
médico. Me daba miedo estar sola con ella sin
un médico. Ferguson me miró con una interrogación
en los ojos. -Me encantaría ser de
alguna utilidad. -¿Recibirá su ama al doctor
Watson?-Que venga. No se lo preguntaré.
Necesita un médico. -Entonces, iré con usted
de inmediato. Seguí a la muchacha, que temblaba
presa de un fuerte nerviosismo, por las
escaleras y por un viejo pasillo. A su extremo
había una maciza puerta lacada de hierro. Se
me ocurrió, al verla, que si Ferguson trataba
de llegar por la fuerza junto a su mujer la
cosa no le resultaría fácil. La muchacha se
sacó una llave del bolsillo, y las pesadas
planchas de roble crujieron sobre sus viejos

goznes. Entré, y ella me siguió rápidamente, cerrando la puerta detrás suyo. En la cama había una mujer, evidentemente con mucha fiebre. Estaba consciente sólo a medias, pero cuando entré unos ojos asustados, pero hermosos, me miraron con miedo. Al ver a un extraño, pareció sentir alivio, y con un suspiro dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada. Avancé hacia ella pronunciando algunas palabras de confortación, y permaneció quieta mientras le tomaba el pulso y la temperatura. Uno y otra estaban altos, y, sin embargo, mi impresión fue que su condición era más de excitación mental y nerviosa que no de auténtica enfermedad. -Ha estado así un día, dos días. Temo que se muera -dijo la muchacha. La mujer volvió hacia mí su hermoso rostro encendido. -¿Dónde está mi marido?- Está abajo, y le gustaría verla. -No le veré. No le veré -y pareció entrar de nuevo en el delirio-. ¡Un diablo! ¡Un diablo! ¡Oh! ¿Qué puedo hacer con ese demonio? -¿Puedo ayudarla en algo?-No. Nadie puede ayudarme. Se acabó. Todo está destruido. Haga lo que haga, todo está destruido. La mujer debía sufrir alguna extraña ilusión. Yo era incapaz de imaginarme al honrado Bob Ferguson como diablo o demonio.

- Señora -dije-, su marido la quiere a usted tiernamente. Está muy apenado por lo que ocurre. De nuevo volvió hacia mí aquellos ojos magníficos. -Me quiere. Sí. Pero, ¿es que yo no le quiero a él? ¿No le quiero hasta el punto de sacrificarme antes que romper su querido corazón? Así es como le quiero. Y, sin embargo, él podría pensar demí... pudo hablarme de aquel modo... -Está muy dolorido, pero es incapaz de entender.

- No, no puede entender. Pero debería confiar. -¿Por qué no habla con él? -sugerí. - No, no; no puedo olvidar aquellas palabras terribles, ni su expresión. No le veré. Ahora váyase. No puede hacer nada por mí. Dígame solamente una cosa. Quiero a mi hijo. Tengo derecho a mi hijo. Este es el único mensaje que puedo enviarle.

Se volvió de cara a la pared y no dijo más. Volví a la sala de abajo donde Ferguson y Holmes seguían todavía sentados junto al fuego. Ferguson escuchó pensativamente mi

narración de la entrevista. -¿Cómo puedo mandar a su hijo? -dijo-. ¿Cómo voy a saber qué extraño impulso puede entrarle? ¿Cómo podré jamás olvidar cómo se levantó del lado de la cuna con sangre en los labios? -se estremeció al recordar-. El niño está seguro con la señora Mason, y debe seguir con ella. Una doncella de elegante uniforme, la única cosa moderna que podía verse en la casa, había traído un poco de té. Mientras lo estaba sirviendo, se abrió la puerta y un jovencito entró en la habitación. Era un muchacho que llamaba la atención: cara pálida, cabello rubio, expresivos ojos azul pálido que se encendían en súbita llama de emoción y alegría cuando su mirada se posaba en su padre. Se abalanzó hacia él y le rodeó el cuello con los brazos, con el abandono de una adolescente enamorada.

- Oh, papá -gritó-, no sabía que ya estuvieras de vuelta. Habría estado aquí esperándote. ¡Oh! ¡Qué contento estoy de verte! Ferguson se liberó suavemente del abrazo, con ciertas muestras de turbación. -Querido muchacho -dijo, dando unos tiernos golpecitos en la rubia cabeza-, he vuelto pronto porque he podido convencer a mis amigos, el señor Holmes y el doctor Watson, para que vinieran a pasar la velada con nosotros. -¿Es el señor Holmes, el detective? -Sí. El jovencito nos miró de un modo penetrante y, según me pareció, poco amistoso. -¿Qué me dice de su otro hijo, señor Ferguson? -preguntó Holmes- ¿Podríamos ver al bebé? -Pídele a la señora Mason que baje al niño -dijo Ferguson. El muchacho se marchó con un andar extraño, bamboleante, que delató a mis ojos médicos que sufría de una afección espinal. Volvió al poco rato, y, detrás suyo, venía una mujer alta y delgada que llevaba en sus brazos a un hermosísimo niño, de ojos negros y pelo rubio, una maravillosa mezcla de lo sajón y lo latino. Ferguson, evidentemente estaba loco por aquel niño, ya que lo tomó en sus brazos y lo acarició tiernamente. -Y pensar que alguien pueda tener el corazón tan duro como para hacerle daño -murmuró, bajando la mirada hacia la pequeña mancha rojo vivo del cuello del querubín. Fue en aquel momento cuando casualmente miré a

Holmes, viéndole una expresión singularísimamente concentrada. Su cara estaba inmóvil, como tallada en marfil, y sus ojos, que por un momento habían mirado a padre e hijo, estaban ahora enfocados, con vehemente curiosidad, en algo que se encontraba al otro extremo de la habitación. Siguiendo su mirada, no pude suponer otra cosa sino que a través de la ventana contemplaba el melancólico jardín mojado. Ciertamente había una persiana medio cerrada por la parte de fuera, obstruyendo la visión, pero, con todo, era indudablemente la ventana lo que Holmes miraba con concentrada atención. Luego sonrió, y su mirada volvió al bebé. En su cuello regordete estaba la pequeña señal hinchada. Sin decir nada, Holmes la examinó atentamente. Finalmente, tomó y agitó levemente uno de los pequeños puños que revoloteaban ante su cara. -Adiós, hombrecito. Has tenido un extraño comienzo en la vida. Aya, quisiera tener unas palabras con usted en privado. Se la llevó aparte y le habló vehemente durante algunos minutos. Sólo pude oír las últimas palabras, que fueron: «Espero que su inquietud no tarde en quedar apaciguada.» La mujer, que parecía ser una criatura de la especie huraña y silenciosa, se retiró con el niño. - ¿Como es la señora Mason? -preguntó Holmes. -No muy convincente externamente, como puede ver, pero tiene un corazón de oro, y quiere muchísimo al niño. -¿Te gusta la señora Mason, Jack? -Holmes se volvió repentinamente hacia el muchacho, cuya expresiva cara se ensombreció. Negó con la cabeza. -Jacky tiene agrados y desagradados muy acentuados -dijo Ferguson, rodeando con el brazo los hombros del muchacho-. Afortunadamente, yo estoy entre sus agrados. El chico apoyó arrulladoramente la cabeza en el pecho de su padre. Ferguson lo separó suavemente. -Vete ya, Jacky, pequeño - dijo; y contempló a su hijo con mirada amorosa hasta que hubo desaparecido-. Ahora, señor Holmes -prosiguió, cuando el chico se hubo ido-, realmente me doy cuenta de que le he metido en un problema sin solución, porque ¿qué puede hacer aparte de concederme su simpatía? Debe ser un asunto extremadamente delicado y complejo desde su

punto de vista.

- Es ciertamente delicado -dijo mi amigo, con una sonrisa divertida-, pero ahora no se merepresenta complejo. Ha sido un caso propio para la deducción intelectual; pero cuando esta deducción intelectual original se ve confirmada punto por punto por numerosos incidentes independientes, entonces lo subjetivo se hace objetivo, y podemos decir con fiadamente que hemos llegado a la meta. De hecho, ya había llegado a ella antes de salir de Baker Street; el resto ha sido meramente observación y confirmación. Ferguson se llevó su manaza a la arrugada frente. -Por el amor del cielo, Holmes -dijo, roncamente-, si es usted capaz de ver la verdad de este asunto, no me mantenga en la inquietud. ¿En qué posición me encuentro? ¿Qué debo hacer? No me importa cómo haya llegado usted a establecer los hechos, mientras realmente los conozca.

- Desde luego, le debo una explicación, y la tendrá. Pero, ¿me permite llevar las cosas a mimanera? ¿Puede recibirnos la dama, Watson?-Está enferma, pero goza de toda su razón. -Muy bien. Sólo en su presencia podremos aclararlo todo. Subamos a verla. -No me recibirá -exclamó Ferguson. -Oh, sí, lo hará -dijo Holmes. Garrapateó unas pocas líneas en un papel-. Usted, al menos, tiene la entrée, Watson. ¿Tendrá la bondad de entregarle esta nota a la dama? Subí nuevamente, y entregué la nota a Dolores, que abrió la puerta cautamente. Al cabo de un minuto oí un grito en el interior, un grito en el que parecían mezclarse la alegría y la sorpresa, Dolores sacó la cabeza por la puerta. -Les recibirá. Escuchará -dijo. Ferguson y Holmes subieron a mi llamada. Cuando entramos en la habitación, Ferguson dio uno o dos pasos hacia su mujer, que se había incorporado en la cama; pero ella hizo con la mano ademán de detenerle. Ferguson se dejó caer en un sillón, y Holmes y yo nos sentamos a su lado, después de una inclinación de cabeza a la dama, que miró a Holmes con los ojos dilatados por el asombro. -Creo que podríamos prescindir de Dolores -dijo Holmes-. Oh, muy bien, señora, si prefiere que se quede, no tengo nada que objetar. Mire, señor Ferguson,

soy un hombre ocupado, con muchas visitas, y mis métodos tienen que ser breves y directos. La operación quirúrgica más rápida es la menos dolorosa. Permítame que antes que nada le diga algo que tranquilizará su espíritu. Su mujer es muy buena, muy amante, y ha sido tratada muy mal. Ferguson se puso en pie con un grito de alegría. - Demuéstreme esto, señor Holmes, y estaré en deuda con usted para siempre. -Lo haré, pero al hacerlo le heriré profundamente en otra dirección. -No me importa, si libera de culpa a mi mujer. Todo lo demás que hay en el mundo no es nada comparado con eso. - Permítame contarle, entonces, el curso de los razonamientos que pasaron por mi mente en Baker Street. La idea de un vampiro me resultaba absurda. Y, sin embargo, su observación era precisa. Usted había visto a la dama levantarse de junto a la cuna del niño con sangre en los labios. -Cierto. -¿No se le ocurrió que puede chuparse una herida con propósitos distintos al de extraer sangre? ¿Acaso no hubo una reina en la historia de Inglaterra que chupó una herida para sacar de ella el veneno? -¡Veneno! -Cosa corriente en Sudamérica. Mi instinto percibió la presencia de esas armas de la pared antes de haberlas visto. Hubiera podido tratarse de otro veneno, pero eso fue lo que se me ocurrió. Cuando vi el pequeño carcaj vacío junto al pequeño arco de cazar pájaros, eso era exactamente lo que esperaba ver. Si el niño resultaba pinchado con una de esas flechas impregnadas en curare o en cualquier otro alcaloide diabólico, moriría a menos que se chupara el veneno de la herida. ¡Y el perro! Si alguien fuera a usar un veneno como ése, ¿no lo probaría primero para comprobar que no había perdido sus virtudes? No había previsto al perro, pero al menos lo entendí, y encajó en mi reconstrucción. ¿Entiende ahora? Su mujer temía un ataque de esa clase. Vio que se producía, y salvó la vida del niño; y, sin embargo, no quiso contarle a usted la verdad, porque sabía cuánto quería usted al muchacho, y temió romperle el corazón. - ¡Jacky! -Le estuve observando hace unos momentos, cuando usted acariciaba al pequeño. Su cara se reflejaba claramente en la

ventana, porque la persiana cerrada convertía al cristal en espejo. Vi en esa cara tantos celos, tanto odio cruel, como raras veces he visto en un rostro humano. -¡Mi Jacky! -Tiene usted que afrontarlo, señor Ferguson. Es todavía más penoso por cuanto que ha sido un amor deformado, un amor demencialmente exagerado hacia usted, y probablemente hacia su difunta madre, el que le ha inducido a actuar. Su alma entera está consumida por el odio a ese espléndido niño, cuya salud y belleza contrastan con su propia deficiencia. - ¡Santo Dios! ¡Es increíble! -¿He dicho la verdad, señora? La mujer sollozaba, con la cara hundida entre las almohadas. En aquel momento se volvió hacia su marido. -¿Cómo podía decírtelo, Bob? Sabía qué golpe sería para ti. Era mejor que esperara, y que lo supieras por otros labios que los míos. Cuando este caballero, que parece poseer poderes mágicos, me escribió que lo sabía todo, me sentí extremadamente feliz. -Creo que mi receta para el señorito Jacky sería un año de viaje por mar -dijo Holmes, poniéndose en pie-. Sólo me queda una cosa oscura, señora. Podemos entender perfectamente sus ataques contra Jacky. La paciencia de una madre tiene un límite. Pero, ¿cómo se atrevió a dejar solo al niño estos últimos dos días? -Se lo había contado a la señora Mason. Ella sabía. - Exacto. Eso pensé. Ferguson estaba junto a la cama, conteniendo los sollozos, con las manos tendidas, tembloroso. -Creo, Watson, que es el momento de marcharnos -dijo Holmes, en un susurro-. Si coge usted de un brazo a la excesivamente fiel Dolores, yo la cogeré del otro. Eso. Ahora -añadió, cerrando la puerta detrás suyo-, creo que podemos dejar que arreglen entre ellos lo que queda pendiente. Sólo tengo una anotación más sobre este caso. Se trata de la carta que escribió Holmes como respuesta final a aquella con que empezaba este relato. Decía así:
Baker Street, 21 de noviembre.
Asunto: Vampiros.
Señor: en respuesta a su carta del 19, me permito comunicarle que he estudiado el caso de su cliente, el señor Robert Ferguson, de Ferguson Muirhead, mayoristas de té, de Mincing Lane, y que el asunto ha sido llevado

a una satisfactoria conclusión. Agradeciéndole su recomendación, soy de ustedes, atento, seguro servidor, Sherlock Holmes.

FIN

La aventura de los tres Garridebs
Pudo haber sido una comedia, o puedo haber sido tragedia. Le costó a un hombre su razón, me costó el alquiler de sangre, y le costó a otro hombre las penalidades de la ley. Sin embargo allí había ciertamente un elemento de comedia. Bien, deberán juzgarlo por ustedes mismos.

Recuerdo la fecha muy bien, porque fue en el mismo mes que Holmes rechazó una orden de caballería por los servicios que quizás algún día sean descriptos. Sólo me referiré al asunto en cuestión, porque en mi posición de compañero y confidente estoy obligado a ser particularmente cuidadoso en evitar cualquier indiscreción. Repito, de todas formas, que esto me permite asegurar la fecha, la cual fue a finales de Junio, 1902, poco tiempo después de la conclusión de la guerra en África del Sur. Holmes había pasado varios días en cama, como es su hábito de tiempo en tiempo, pero emergió esa mañana con un largo documento de papel plegado en su mano y un centelleo de diversión en sus austeros ojos grises.

- Hay una chance para usted de hacerse con algo de dinero, amigo Watson -dijo-. ¿Ha escuchado alguna vez el nombre de Garrideb? Admití que no.

- Bien, si puede colocar su mano sobre un Garrideb, hay dinero en él. -¿Por qué?

- Ah, esa es una larga historia... más bien una caprichosa, también. No creo que en todas nuestras exploraciones de las complejidades humanas nos hayamos en toda la vida encontrado con alguna tan singular. El amigo estará presente para un contra interrogatorio, así que no abriré el asunto hasta que llegue. Pero, mientras tanto, ese es el nombre que queremos.

El directorio telefónico yacía en la mesa al lado mío, y me volteé sobre las páginas en una bien dicho búsqueda desesperada. Pero para mi asombro ahí estaba este extraño nombre en su debido lugar. Di una exclamación

de triunfo. -¡Aquí está, Holmes! ¡Aquí está!

Holmes tomó el libro de mi mano.

- "Garrideb, N." -leyó- "Little Ryder Street 136, Oeste". Lamento decepcionarlo, mi querido Watson, pero este es el hombre por sí mismo. Esta es la dirección sobre su carta. Queremos algo para emparejarlo.

La Sra. Hudson había entrado con una tarjeta sobre una bandeja. La tomé y la miré.

-¡Por qué, aquí está! -grité con asombro-

Esta es una inicial diferente. John Garrideb, Consejero en Leyes, Moorville, Kansas, Estados Unidos de América.

Holmes sonrió cuando observó la tarjeta.

- Me temo que deberá hacer otro esfuerzo, Watson -dijo-. Este caballero ya está también en la trama, sin embargo ciertamente no lo esperaba ver esta mañana. De cualquier modo, está en posición de contarnos un buen trato del cual quiero conocer.

Un momento después estaba en la habitación.

El Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes, era un poderoso hombre de baja estatura con la cara redonda y fresca, recién afeitada, característica de tantos hombres americanos de negocios. El efecto general era regordete más bien como un niño, así que uno recibía la impresión de un joven hombre calmo con una amplia sonrisa sobre su cara. Sus ojos, sin embargo, estaban detenidos. Rara vez en cualquier cabeza humana he visto un par los cuales sugieren un mayor intensidad de vida interior, tan brillantes estaban, tan alertas, tan sensibles a todo cambio de pensamiento.

Su acento era americano, pero no estaba acompañado por alguna excentricidad en el habla. -¿Sr. Holmes? -preguntó, mirando de uno al otro- ¡Ah, sí! Sus imágenes no lo favorecen, señor, si puedo decirlo. ¿Creo que tiene una carta de mi homónimo, el Sr. Nathan Garrideb, no es cierto?

- Por favor, siéntese -dijo Sherlock Holmes-

Deberíamos, me imagino, tener un buen trato para discutir -tomó sus hojas de papel plegado-. Usted es, por supuesto, el Sr. John Garrideb mencionado en este documento.

¿Pero seguramente habrá estado en Inglaterra algún tiempo? -¿Por qué dice eso, Sr.

Holmes? -me pareció leer una sospecha repentina

en esos expresivos ojos. -Su completa vestimenta es inglesa.

El Sr. Garrideb forzó una sonrisa.

- He leído sobre sus trucos, Sr. Holmes, pero nunca pensé que sería sujeto de ellos. ¿Dónde lee eso?

- Los hombros cortados de su traje, los dedos del pie de sus botas... ¿Podría alguien dudar?

- Bien, bien, no tenía idea de que era tan obvio un británico. Pero los negocios me trajeron aquí hace ya bastante tiempo, y entonces, como usted dice, mi vestimenta es aproximada a la de todo Londres. Sin embargo, me imagino que su tiempo es de valor, y no nos hemos encontrado para hablar acerca del corte de mis calcetines. ¿Qué hay acerca de ese papel que sostiene en su mano?

Holmes tenía de alguna forma irritado a nuestro visitante, quien su regordeta cara había asumido una mucho menor expresión de amabilidad. -¡Paciencia! ¡Paciencia, Sr. Garrideb! -dijo mi amigo en una apaciguante voz-. El Dr. Watson podría decirle que esas pequeñas digresiones más algunas veces prueban al final tener algo de relación con el asunto. ¿Pero por qué el Sr. Nathan Garrideb no vino con usted? -¿Por qué lo arrastró a usted del todo? -preguntó nuestro visitante con una repentina llamarada de furia- ¿Qué rayos tiene que ver con esto? Aquí había un poco de negocio profesional entre dos caballeros, ¡Y uno de ellos necesitaba llamar a un detective! Lo vi esta mañana, y me contó de este engaño que me había jugado, y es por eso que estoy aquí. Pero me siento mal acerca de ello, todos iguales.

- No hubo consideraciones sobre usted, Sr. Garrideb. Era simplemente celo sobre su parte de la ganancia al final... un final que es, como yo lo entiendo, igualmente vital para ambos. Sabía que tenía maneras de obtener información, y, en consecuencia, fue muy natural que debiera usarme.

La irritada cara de nuestro visitante se aclaró gradualmente.

- Bien, eso es diferente -dijo-. Cuando fui a verlo esta mañana y me dijo que había enviado un detective, sencillamente pregunté por su dirección y vine de inmediato. No

quiero a la policía entrometida en asuntos privados. Pero si se contenta con ayudarnos a encontrar al hombre, no puede haber daño en ello.

- Bien, así es justo como lo interpreto - dijo Holmes-. Y ahora, señor, puesto que está aquí, hubiese sido mejor si teníamos cuentas claras de nuestros propios labios. Mi amigo aquí no sabe nada de los detalles.

El Sr. Garrideb me examinó con mirada no demasiado amigable. -¿Necesita saber? - preguntó.

- Usualmente trabajamos juntos.

- Bien, no hay razón entonces para que deba guardar un secreto. Le daré los hechos tan cortos como pueda hacerlos. Si viniera desde Kansas no necesitaría explicarle quien era Alexander Hamilton Garrideb. Hizo su dinero en bienes raíces, y luego en el pozo de maíz en Chicago, pero lo gastó comprando tanta tierra como pudiera hacer en una finca, extendiéndose a lo largo del Río Arkansas, al oeste de Fuerte Dodge. Es una tierra de pastoreo, maderera, cultivable y de minerales, y precisamente toda clase de tierra que brinde dólares al hombre que la posea. »No tenía conocidos ni parientes... o, si los tenía, nunca había oído de ellos. Pero tomó una especie de orgullo en la rareza de su nombre. Eso fue lo que nos juntó. Yo estaba en la ley en Topeka, y un día tuve una visita del anciano, y estaba muerto de risa de encontrar otro hombre con su propio nombre. Era su novedad favorita, y estaba completamente dispuesto a encontrar si habían más Garridebs en el mundo.

"¡Encuétrame otro!" dijo. Le contesté que era un hombre ocupado y no podía gastar mi vida paseando alrededor del mundo en busca de Garridebs. "Nada menos", dijo él, "eso es justo lo que harás si las cosas salen tan bien como la planeé". Pensé que estaba bromeando, pero había un poderoso montón de significado en las palabras, como estaba pronto a descubrir. »Porque murió un año después de decir esto, y dejó un testamento tras de él. Era el extraño testamento que había sido archivado en el Estado de Kansas. Sus propiedades fueron divididas en tres partes y tuve que tener la condición de encontrar dos Garridebs quienes deberían compartir el

restante. Eran cinco millones de dólares para cada uno, pero no podíamos poner un dedo en él hasta que estuviéramos los tres.

- Era una gran chance que deslizara mi práctica legal y me pusiera en camino de buscar por los Garridebs.

No hay ninguno en los Estados Unidos.

Fui tras él, señor, con un peine fino pero nunca pude atrapar un Garrideb. Entonces probé en el viejo país. Indudablemente debían haber suficientes nombres en el directorio telefónico de Londres. Fui tras él hace dos días y le expliqué todo el asunto. Pero era un hombre solitario, como yo, con algunas relaciones con mujeres, pero no hombres. Dijo tres hombres adultos en el testamento.

Así que verá que hay una vacante, y si pudiera ayudarnos a llenarlo estaríamos listos para pagarle por sus costos.

- Bien, Watson -dijo Holmes con una sonrisa- ¿Dije que era algo caprichoso, no es cierto? Debería pensar, señor, que sus obvias maneras fueron advertir en las columnas de los diarios.

- Lo he hecho, Sr. Holmes. Ninguna respuesta.

-¡Mi estimado! Bien, es ciertamente un pequeño y curioso problema. Deberé tomar una mirada en mi tiempo libre. Por cierto, es curioso que haya venido de Topeka. Yo solía tener un corresponsal... ahora está muerto... el viejo Dr. Lysander Starr, quien fue Mayor en 1890. -¡El buen Dr. Starr! -dijo nuestro visitante-. Su nombre aún es honorable.

Bien, Sr. Holmes, debo suponer que todo lo que podemos hacer es reportarnos y permitirnos saber como progresamos. Cuento con usted para oír novedades en un día o dos -con esta seguridad nuestro americano se inclinó de modo respetuoso y se marchó.

Holmes tenía encendida su pipa, y se sentó por algún tiempo con una sonrisa curiosa sobre su cara. -¿Bien? -pregunté al fin.

- Me estoy preguntando, Watson... ¡Sólo preguntando! -¿Lo qué?

Holmes tomó la pipa de sus labios.

- Me estaba preguntando, Watson, qué cosa sobre la tierra puede ser el objeto de este hombre para decirnos tal maraña de mentiras. Estuve cerca de preguntarle... porque hubo varias veces cuando un bruto ataque

frontal es la mejor acción... pero juzgué que sería mejor dejarle pensar que nos ha engañado. Aquí hay un hombre con un traje inglés raído en los codos y pantalones abultados en la rodilla con una vestimenta añeja, y aún por este documento y por su propia cuenta él es un americano provinciano que posteriormente desembarcó en Londres. No hubieron avisos en las columnas del diario. Usted sabe que no me pierdo nada en esa sección. Son mi abrigo favorito para ofrecer un ave, y nunca he pasado por alto un faisán como ese.

Nunca conocí un Dr. Lysander Starr, de Topeka. Lo toqué donde sabía que era falso. Creo que este compañero es realmente un americano, pero ha consumido su refinado acento con años en Londres. ¿Cuál es su juego, entonces, y que motivo yace detrás de esta absurda búsqueda por Garridebs? Vale la pena nuestra atención, porque, exceptuando que el hombre es un bribón, es también ciertamente uno complejo e ingenioso. Debemos encontrar si nuestro otro corresponsal también es un fraude. Sólo llámelo, Watson.

Así lo hice, y oí una delgada y temblante voz en el otro lado de la línea.

- Sí, sí, yo soy el Sr. Nathan Garrideb.

¿Está el Sr. Holmes ahí? Desearía mucho tener unas palabras con el Sr. Holmes.

Mi amigo tomó el instrumento y oí el usual y sincopado dialogo.

- Sí, ha estado aquí. Entiendo que no lo conoce... ¿Hace cuanto?... ¡Solamente dos días! ¿Supongo que su homónimo no estará ahí?... Muy bien, iremos entonces, porque más bien quisiera tener una conversación sin él... El Dr. Watson irá conmigo... Entiendo por su nota que no suele salir muy seguido...

Bien, estaremos alrededor de las seis. No necesita mencionarlo al abogado americano...

Muy bien. ¡Hasta luego!

Era el crepúsculo de una adorable tarde de verano, e incluso Little Ryder Street, uno de los más pequeños apéndices de Edgware Road, dentro de un molde de piedra del viejo árbol de Tyburn de malvada memoria, se observaba dorada y maravillosa por los inclinados rayos del poniente sol. Esta casa en particular a la cual nos habíamos dirigido era un

edificio grande, anticuado y georgiano de los primeros tiempos, con una cara de ladrillos planos rota solamente por dos profundos miradores en la planta baja. Era en esta planta baja que nuestro cliente vivía, y, por cierto, la ventana baja confirmaba ser el frente de la gigante habitación en la cual pasamos sus horas de vigilia. Holmes apuntaba cuando pasábamos las pequeñas placas de bronce las cuales llevaban los curiosos nombres.

- Desaparecieron hace algunos años, Watson -remarcó, indicando su descolorida superficie-. Este es su nombre real, de todos modos, y eso es algo para notar.

La casa tenía una escalera común, y allí habían numerosos nombres pintados en la sala, algunos indicando despachos y algunas cámaras privadas. No era una colección de aposentos residenciales, pero más bien la morada de un soltero bohemio. Nuestro cliente nos abrió la puerta por sí mismo y se disculpó diciendo que la encargada se fue a las cuatro en punto. El Sr. Nathan Garrideb probó ser una persona muy alta, inarticulada y de espalda redonda, delgada y calva, de algunos sesenta y pico de edad. Tenía una cadavérica cara, con una deslucida piel muerta de un hombre a quien el ejercicio le era desconocido.

Grandes y redondeados anteojos y una pequeña barba proyectante combinada con su encorvada actitud daban una expresión de miope curiosidad. El efecto general, sin embargo, era amigable, aunque excéntrico.

La sala era tan curiosa como su ocupante.

Parecía del estilo de un pequeño museo.

Tanto como ancho y profundo, con armarios y gabinetes todo alrededor, atestados con especímenes, geológicos y anatómicos.

Estuches de mariposas y polillas flanqueaban cada lado de la entrada. Una gran mesa en el centro estaba ensuciada con toda clase de desechos, mientras que el alto tubo de metal de un poderoso microscopio se erizaba entre ellos. Mientras ojeaba alrededor me sorprendí en la universalidad de los intereses del hombre.

Aquí había un estuche de monedas antiguas.

Allí, un gabinete de instrumentos de la edad de piedra. Detrás de la mesa central, un gran armario de huesos fósiles. Por encima,

una línea de cráneos de yeso con nombres tales como "Neardenthal", "Heidelberg", "Cro-Magnon" impresos bajo ellos. Era claro que era un estudiante de variadas materias. Mientras permanecía en frente de nosotros, sostuvo una pieza de cuero de gamuza en su mano derecha con la cual estaba puliendo una moneda.

- Siracusana... del mejor período -explicó, sosteniéndola-. Se depreciaron enormemente hacia el final.

A lo sumo la sostengo soberanamente, aunque algunos prefieran la escuela alejandrina. Encontraré una silla aquí, Sr. Holmes.

Por favor permítame limpiar esos huesos. Y usted, señor... ah, sí, Dr. Watson... si tuviera la bondad de poner esa vasija japonesa hacia un lado. Usted ve alrededor mis pequeños intereses en la vida.

Mi doctor me sermonea acerca de no salir nunca, ¿pero por qué debo salir cuando tengo tanto para sostenerme aquí? Puedo asegurarle que el adecuado catálogo de uno de esos gabinetes me tardaría unos buenos tres meses. Holmes observó a su alrededor con curiosidad. -¿Pero me dirá que nunca sale? -dijo.

- De vez en cuando conduzco a Sotheby's o Christie's. Por lo contrario ocasionalmente dejo mi habitación.

No soy muy fuerte, y mis investigaciones son muy absorbentes. Pero puede imaginar, Sr. Holmes, que increíble choque... placentero pero increíble... fue para mí cuando oí de esta incomparable buena fortuna.

Sólo necesita un Garrideb más para completar el asunto, y seguramente podemos encontrar uno. Tenía un hermano, pero está muerto, y familiares femeninas son descalificadas.

Pero deben haber seguramente otros en el mundo. He oído que maneja extraños casos, y fue por eso que envié por usted. Por supuesto, este caballero americano es realmente directo, y debería haber tomado su consejo primero, pero actué por lo mejor.

- Creo que actuó muy inteligentemente sin embargo -dijo Holmes-. ¿Pero está realmente ansioso de adquirir una finca en América?

- Ciertamente no, señor. Nada podría inducirme a dejar mi colección. Pero este caballero me aseguró que me la compraría tan

pronto como tengamos establecida nuestra demanda. Cinco millones de dólares fue la suma mencionada. Hay docenas de especímenes en el mercado en el presente que llenarían las grietas en mi colección, y los cuales no puedo adquirir aunque quisiera por unos pocos cientos de libras. Sólo piense lo que podría hacer con cinco millones de dólares. Porque, tengo el núcleo de una colección nacional. Sería el Hans Sloane de mi época. Sir Hans Sloane (1660-1753). Físico y científico. Miembro fundador del Museo Británico y el Museo de Historia Natural. Presidente de la Real Sociedad de 1727 a 1741. En un viaje a Jamaica realizó varias anotaciones sobre la flora y fauna del lugar, vestimenta y fenómenos naturales tales como terremotos. Coleccionó moluscos, insectos, plantas y otros especímenes. Sus ojos brillaron tras sus grandes anteojos. Era muy claro que ningún esfuerzo sería economizado por el Sr. Nathan Garrideb en encontrar un homónimo. - Meramente llamé para hacerme de su conocimiento, y no hay razón por la cual deba interrumpir sus estudios -dijo Holmes-. Prefiero establecer un toque personal con aquellos con quien hago negocios. Hay algunas cuestiones que necesito preguntar, porque tengo una muy clara narrativa en mi bolsillo, y llené los espacios en blanco cuando este caballero americano llamó. Entiendo que hasta esta semana estaba ignorante de su existencia. - Así es. Llamó el pasado Martes. -¿Le contó de nuestra entrevista de esta mañana? - Sí, vino directamente hacia mí. Había estado muy enojado. -¿Por qué debería estar enojado? - Parecía pensar que había alguna consideración en su honor. Pero estaba alegre de nuevo cuando regresó. -¿Sugirió algún curso de acción? - No, señor, no lo hizo. -¿Tenía, o preguntó por, cualquier dinero suyo? -¡No, señor, nunca! -¿Vio algún posible objetivo que tenga en vista? - Ninguno, excepto lo que manifiesta. - ¿Le contó de nuestra cita telefónica? - Sí, señor, lo hice. Holmes estaba perdido en sus pensamientos.

Pude ver que estaba desconcertado.

-¿Tiene algún artículo de gran valor en su colección?

- No, señor. No soy un hombre rico. Es una buena colección, pero no una muy valuada.

-¿No tiene temor a los ladrones?

- Ni menos. -¿Hace cuanto que ha estado en estas habitaciones?

- Aproximadamente cinco años.

El contra interrogatorio de Holmes fue interrumpido por un imperativo golpeteo en la

puerta. Tan pronto como describió el cerrojo

nuestro cliente el abogado americano estalló

excitadamente dentro de la habitación. -¡Aquí está! -gritó, agitando un papel sobre su cabeza-

Pensé que debía estar a tiempo de alcanzarlo.

¡Sr. Nathan Garrideb, mis felicitaciones!

Es usted un hombre rico, señor. Nuestro

negocio esta felizmente finalizado y todo está

perfecto. Respecto a usted, Sr. Holmes, solamente

podemos decir que sentimos si le

hemos dado algún problema.

Extendió con la mano el papel a nuestro

cliente, quien permaneció parado en una señal

de aviso. Holmes y yo nos inclinamos

hacia adelante y leímos sobre su hombro.

Esto es lo que decía:

HOWARD GARRIDEB CONSTRUCTOR DE

MAQUINARIA AGRICULTURAL Agavilladoras,

cosechadoras, harado a vapor y manual, taladros,

gradas, carreta de campesinos, carruajes

de cuatro puertas, y todos los demás

accesorios. Cotizaciones de pozos artesianos.

Empleado de Grosvenor Buildings, Aston. -

¡Glorioso! -exclamó sin aliento nuestro anfitrión-

Eso hace a nuestro tercer hombre.

- He abierto una investigación en Birmingham

-dijo el americano-, y mi agente me

ha enviado este aviso de un periódico local.

Debemos darnos prisa y poner las cosas. Le

he escrito a este hombre y le conté que lo

verá en su oficina mañana a la tarde, a las

cuatro en punto. -¿Quiere que lo vea? -¿Qué

dice usted, Sr. Holmes? ¿No piensa que debería

ser más sabio? Aquí estoy, un ambulante

americano con una historia maravilloso. ¿Por

qué debería creer lo que le conté? Pero usted

es un británico con sólidas referencias, y está

claro que él tomará nota de lo que diga. Podría

ir con usted si lo desea, pero tengo un

día muy ocupado mañana, y podría seguirlo siempre si está en cualquier problema.

- Bien, no he hecho un viaje tal por años.

- No es nada, Sr. Garrideb. Ya he resuelto nuestras conexiones. Se irá a las doce y debería estar allí momentos después de las dos. Entonces regresará la misma noche. Lo único que tiene que hacer es ver a este hombre, explicarle el asunto, y obtener una declaración de su existencia. ¡Por Dios! -agregó apasionadamente-. Considerando que vengo todo el camino desde el centro de América, es seguramente un pequeño esfuerzo si va unos cientos de millas a fin de poner este asunto al completo.

- Exactamente -dijo Holmes-. Creo que lo que este caballero dice es muy cierto.

El Sr. Nathan Garrideb frunció sus hombros con un aire desconsolado -Bien, si insiste deberé ir -dijo-. Es ciertamente duro para mí rehusar algo así, considerando la gloria de esperanza que trajo a mi vida. -Entonces eso está acordado -dijo Holmes-, y no hay duda que me dará un reporte tan pronto como pueda.

- Yo me encargaré de eso -dijo el americano-.

Bien -agregó mirando a su reloj-, debo irme. Llamaré mañana, Sr. Nathan, y lo veré salir a Birmingham. ¿Me acompaña, Sr. Holmes?

Bien, entonces, adiós, y tendremos buenas noticias para usted mañana en la noche.

Noté que la cara de mi amigo se aclaró cuando el americano dejó la habitación, y la mirada de pensamientos confusos habían desaparecido. -Desearía si pudiera observar su colección, Sr. Garrideb -dijo-. En mi profesión todos los elementos de curiosos conocimientos son útiles, y esta habitación suya es un almacén de ellos.

Nuestro cliente centelleó con placer y sus ojos brillaron desde detrás de sus grandes anteojos.

- Siempre he oído, señor, que usted es un hombre muy inteligente -dijo-. Le daría una visita ahora mismo si tuviera el tiempo.

- Desafortunadamente, yo no lo tengo.

Pero estos especímenes están tan bien etiquetados y clasificados que duramente necesitaría su explicación personal. ¿Si fuera capaz de observarlo mañana, presumo que no

habría objeción en que les echara una ojeada sobre ellos?

- No, para nada. Es realmente bienvenido. Este lugar estará, por supuesto, cerrado, pero la Sra. Saunders estará en el sótano hasta las cuatro en punto y le dejará aquí con su llave. -Bien, espero estar libre mañana en la tarde. Si le pudiera decir una palabra a la Sra. Saunders estaría todo en orden. ¿Por cierto, quién es su agente inmobiliario? Nuestro cliente estaba asombrado por esta repentina pregunta.

- Holloway y Steele, en Edgware Road. ¿Pero por qué?

- Tengo un poco de arqueólogo cuando voy a las casas -dijo Holmes, riendo-. Me estaba preguntando si esta era de la Reina Anna o georgiana. -Georgiana, sin ninguna duda. -Realmente. Había debido pensar que era anterior. De cualquier modo, es fácilmente verificable.

Bien, adiós, Sr. Garrideb, y que tenga todos los éxitos en su viaje a Birmingham. El agente inmobiliario estaba cerrado, pero encontramos que estuvo cerrado todo el día, así que regresamos a Baker Street. No fue hasta después de la cena que Holmes volvió al asunto. -Nuestro pequeño problema se acerca al final -dijo -. No hay duda de que ha delineado la solución en su propia mente. -No comprendo ni una palabra de ello.

- La cabeza está seguro suficientemente despejada y la cola la veremos mañana . ¿No ha notado nada curioso acerca del aviso?

- Vi que la palabra "arado" estaba mal escrita. -¿Oh, ha notado eso, no es cierto? Venga, Watson, mejora todo el tiempo. Sí, era un mal inglés pero un buen americano. El impresor lo ha puesto como lo recibí. Entonces el carruaje. Eso también es americano. Y los pozos artesianos son comunes con ellos más que con nosotros. Era un típico aviso americano, pero pretendiendo ser de una firma inglesa. ¿Qué piensa de ello?

"I can make neither head nor tail of it" en el original, literalmente "no puedo hacer ni cabeza ni cola de ello".

- Sólo puedo suponer que este abogado americano lo puso por sí mismo. Cuál fue su

objetivo no lo puedo entender.

- Bien, hay dos explicaciones alternativas.

De todos modos, quería enviar a este viejo fósil a Birmingham.

Eso está muy claro. Le debí haber dicho que estaba claramente yendo a una búsqueda sin sentido, pero, en segundo lugar, parecía mejor despejar la escena dejándolo ir.

Mañana, Watson... bien, el mañana hablará por sí mismo.

Holmes se levantó y se retiró muy temprano.

Cuando regresó a la hora del desayuno noté que su cara estaba muy seria.

- Este es un asunto más grave de lo que esperaba, Watson -dijo-. Es justo que le cuente, aunque sé que será solamente una razón adicional para que corra por su cabeza dentro del peligro. Es lo que debería saber Watson por ahora. Pero hay peligro, y debería saberlo.

- Bien, no es el primero que compartimos, Holmes. Espero que no sea el último.

¿Cuál es el peligro particular esta vez?

- Estamos contra un caso muy difícil. He identificado al Sr. John Garrideb, Consejero en Leyes. No es otro que 'Killer' Evans, de siniestra y homicida reputación.

- Me temo que no soy el sabio.

- Ah, no es parte de su profesión cargar con un calendario portátil Newgate en su memoria. He ido a ver a mi amigo Lestrade en Yard. Pueden tener un faltante de intuición imaginativa en ocasiones, pero lideran el mundo con esmero y técnica. Tenía la idea de que nos íbamos a poner en el camino de nuestro amigo americano en sus registros.

Seguramente suficiente, encontré su regordeta cara sonriéndome desde la galería de retratos de truhanes. "James Winter, alias Morecroft, alias Killer Evans" decía la inscripción

-Holmes sacó un envoltorio de su bolsillo-
Garabateé algunos puntos de su expediente: cuarenta y cuatro años.

Nativo de Chicago. Se conoció que había disparado a tres hombres en los Estados Unidos.

Escapó de la penitenciaría a través de la influencia policial. Vino a Londres en 1893. Le disparó a un hombre por encima de las cartas en un club nocturno en Waterloo Road en Enero de 1895. El hombre murió, pero fue

enseñado como el agresor. El fallecido fue identificado como Rodger Prescott, un famoso como falsificador y acuñador en Chicago. Killer Evans fue liberado en 1901. Ha estado bajo la supervisión policial desde entonces, pero lo máximo que se sabe es que lleva una vida honesta. Un hombre muy peligroso, usualmente lleva armas y está preparado para usarlas. Esa es nuestra ave, Watson... una ave deportiva, debe admitir. -¿Pero cuál es su juego?

- Bien, comienza a definirse. He estado en la inmobiliaria. Nuestro cliente, como nos contó, ha estado allí cinco años. Estuvo deshabitado durante un año antes de eso. El anterior inquilino era un caballero de nombre Waldron. La aparición de Waldron era muy recordada en la oficina. Repentinamente desapareció y nada más se oyó de él. Era un hombre alto y barbudo con todos los detalles oscuros. Ahora, Prescott, el hombre a quien Killer Evans disparó, era, de acuerdo a Scotland Yard, un alto y oscuro hombre con una barba. Como una hipótesis de trabajo, creo que tenemos que tomar que Prescott, el criminal americano, solía vivir en la misma habitación en la que nuestro inocente amigo ahora dedica a su museo. Así que al fin conseguimos un eslabón, como ve. -¿Y el siguiente eslabón?

- Bien, debemos salir y buscarlo. Tomó un revolver de su escritorio y me lo entregó en mano.

- Tengo mi preferida conmigo. Si nuestro amigo del Lejano Oeste trata de vivir con su sobrenombre, nosotros estaremos listos. Le daré una hora para una siesta, Watson, y entonces pienso que será tiempo para nuestra aventura en Ryder Street.

Eran las cuatro en punto cuando alcanzamos el curioso apartamento de Nathan Garrideb. La Sra. Saunders, la portera, estaba a punto de irse, pero no tuvo ninguna duda en admitirnos, por lo que la puerta se cerró con una cerradura de resortes, y Holmes prometió ver que todo estuviera seguro antes de irnos. Poco tiempo después de que la puerta exterior se cerrara, la gorra de la Sra. Saunders pasó por el mirador, y sabíamos que estábamos solos en el piso inferior de la casa.

Holmes realizó un rápido examen de la instalación. Había un armario en el rincón oscuro el cual sobresalía de la pared. Fue detrás de este donde eventualmente nos agazapábamos mientras Holmes en un susurro delineaba sus intenciones.

- Quería que nuestro estimable amigo saliera de su habitación... eso está muy claro, y, como el coleccionista nunca salía, tomó algún plan para hacerlo. Todo lo de esta invención de los Garridebs no tiene aparentemente ningún otro fin. Debo decir, Watson, que hay cierta ingenuidad demoníaca sobre ello, incluso si el extraño nombre del arrendatario le diera una apertura que duramente podría haber esperado. Tramó su estrategia con remarcada astucia. -¿Pero qué es lo que quería?

- Bien, por eso estamos aquí para encontrarlo. No tiene nada que ver con nuestro cliente, tanto como puedo leer la situación. Es algo conectado con el hombre al que asesinó... el hombre quien pudo haber sido su cómplice en los crímenes. Hay algún secreto de culpabilidad en la habitación. Eso es lo que leo. Primero pensé que nuestro amigo podía tener algo más valioso en su colección de lo que suponía... algo que valía la atención de un gran criminal. Pero el hecho de que Rodger Prescott de malvada memoria habitara estas habitaciones apunta hacia una razón aún más profunda. Bien, Watson, debemos mantener la paciencia en nuestras almas y ver lo que la hora nos brinde.

Esa hora no fue extensa en dramatismo. Nos agazapamos cercanamente en las sombras cuando escuchamos abrirse y cerrarse con fuerza la puerta exterior. Entonces vino el chasquido metálico y afilado de una llave, y el americano estaba en la habitación. Cerró la puerta suavemente tras de él, echó un mirada filosa a su alrededor para ver que todo estuviera seguro, tiró su sobretodo, y caminó hacia la mesa central con las enérgicas maneras de alguien que sabe exactamente lo que tiene que hacer y como lo tiene que hacer.

Empujó la mesa hacia un lado, desgarró en ángulo la alfombra sobre la cual descansaba, la enrolló completamente hacia atrás, y entonces, sacando una palanqueta de su bolsillo,

se arrodilló y trabajó vigorosamente sobre el piso. En poco tiempo oímos el sonido de tablas deslizándose, y un instante después un hueco se abrió en los tablones. Killer Evans encendió una cerilla, alumbró una sección de vela, y desapareció de nuestra vista. Claramente nuestro momento había llegado. Holmes tocó mi muñeca como una señal, y juntos atravesamos la habitación hacia la puerta-trampa abierta. Gentilmente cuando nos movíamos, sin embargo, el viejo piso pudo haber rechinado bajo nuestros pies, porque la cabeza de nuestro americano, revisando ansiosamente a su alrededor, emergió repentinamente desde el espacio abierto. Su cara se volvió hacia nosotros con un resplandor de furia desconcertada, la cual gradualmente se suavizó en una vergonzosa sonrisa cuando se dio cuenta de que dos pistolas estaban apuntadas hacia su cabeza. -¡Bien, bien! -dijo fríamente cuando trepó a la superficie-. Imagino que ha sido demasiado para mí, Sr.

Holmes. Vio a través de mi juego, supongo, y jugó conmigo como un tonto desde el comienzo. Bien, señor, es todo suyo, me ha derrotado y...

En un instante había sacado un revolver de su pecho y disparado dos tiros. Sentí una quemadura repentina como si un hierro al rojo vivo hubiera sido presionado contra mi muslo. Hubo una colisión cuando la pistola de Holmes cayó en la cabeza del hombre. Tuve una visión de él revolcándose sobre el piso con sangre corriendo de su cara mientras Holmes lo hurgaba en busca de armas. Entonces los delgados brazos de mi amigo me rodearon, y me condujo hacia una silla. - ¿Está herido, Watson? ¡Por amor de Dios, dígame que no está herido!

Era peor la herida... eran peor muchas heridas... que saber la profundidad de lealtad y amor que yacía detrás de esa fría máscara. Los ojos severos y claros se apagaron por un momento, y los firmes labios se agitaron. Por única vez alcancé a ver un gran corazón tan bien como un gran cerebro. Todos mis años de humildad pero de servicio inmediato culminó en ese momento de revelación.

- No es nada, Holmes. Es un mero rasguño.

Rasgó mis pantalones con su navaja.

- Estás bien -gritó con un inmenso suspiro-.

Es absolutamente superficial -su cara se puso como hilachas cuando observó a nuestro prisionero, quien estaba levantándose con una aturdida cara-. Por Dios, esto está bastante bien para usted. Si hubiera asesinado a Watson, no se iría de esta habitación con vida. Ahora, señor, ¿Qué es lo que tiene para decirme? No tenía nada para decir. Solamente se sentó y frunció la cara. Me apoyé en el brazo de Holmes, y juntos miramos hacia abajo dentro del pequeño sótano que había sido descubierto bajo la mesa. Aún estaba iluminado por la vela con la cual Evans había descendido.

Nuestros ojos cayeron sobre una masa de maquinaria oxidada, grandes rollos de papel, un desorden de frascos, y, ordenados sobre una pequeña mesa, un número de pequeños y limpios manojos.

- Una maquina impresora... un equipo de falsificación -dijo Holmes.

- Sí, señor -dijo nuestro prisionero, tambaleándose lentamente con sus pies y entonces se hundió sobre la silla-. La más grande falsificadora que Londres nunca vio. Esa es la maquina de Prescott, y esos manojos en la mesa son dos mil billetes de Prescott que valen cien cada uno y son adecuados para pasar por todos lados. Ayúdense a si mismos, caballeros. Llámenlo un trato y déjenme largarme. Holmes rió.

- Nosotros no hacemos así las cosas, Sr.

Evans. No hay ningún refugio para usted en este país. ¿Usted le disparo a este hombre Prescott, no es cierto?

- Sí, señor, y tuve cinco años por ello, aunque fue él que me forzó a ello. Cinco años... cuando debería tener una medalla del tamaño de un plato de sopa. Ningún hombre vivo puede distinguir un Prescott de un Banco de Inglaterra, y si no lo hubiera sacado hubiera inundado a Londres con ellos. Era el único en el mundo que sabía donde los había hecho. ¿Puede imaginar que quería llegar al lugar? ¿Y puede usted imaginar que cuando encontré a este loco y tonto cazador de bichos con un extraño nombre usurpando encima, y nunca alejándose de su habitación,

he tenido que hacer lo mejor que podía para desplazarlo?

Quizás hubiera sido más astuto si lo guardaba. Hubiera sido suficientemente fácil, pero soy un hombre blando de corazón que no puedo empezar a disparar a menos que otro hombre tenga un arma también. ¿Pero dígame, Sr. Holmes, qué es lo que hice mal, de todos modos? No he usado esta instalación. No he herido a este viejo cadáver. ¿En qué me ha atrapado?

- Sólo intento de homicidio, por lo que puedo ver -dijo Holmes-. Pero ese no es nuestro trabajo. Ellos tomarán eso en la siguiente etapa. Lo que queríamos en este momento era solamente su atractiva personalidad. Por favor llame a Yard, Watson. No les será enteramente inesperado.

Así que esos fueron los hechos acerca de Killer Evans y su memorable invención de los tres Garridebs.

Oímos posteriormente que nuestro pobre y viejo amigo nunca superó el trauma de sus sueños desaparecidos.

Cuando su castillo en el aire cayó, se enterró bajo las ruinas. Lo último que oímos fue de un sanatorio en Brixton. Era un día alegre en Yard cuando el equipo de Prescott fue descubierto, porque, aunque sabían que existía, nunca habían estado dispuestos, luego de la muerte del hombre, a encontrar donde estaba.

Evans ciertamente hizo un gran servicio y causó muchas preocupaciones a los hombres de la División de Investigaciones Criminales para dormir, porque el falsificador permanece por sí mismo encasillado como un peligro público. Voluntariamente se había suscripto a esa medalla del tamaño de un plato de sopa de la cual el criminal había hablado, pero un desagradecido banco tenía una visión menos favorable, y el Killer regresó a las sombras de la cuales había emergido.

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

